

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

APARECE LOS DOMINGOS

REDACTOR: C. MUÑOZ Y PEREZ

ADMINISTRACION: URUGUAY 592

EL ALBUM DEL HOGAR

BUENOS AIRES, FEBRERO 3 DE 1884

NECROLOGIA

Por una feliz casualidad ha caído en nuestras manos la carta que se hallará mas abajo, que estaba destinada talvez á quedar inédita en los archivos epistolares del venerable sábio á quien vá dirigida.

Apenas la leímos, nos usaltó el deseo de publicarla y ofrecerla á nuestros lectores como un esquisito trozo literario.

Su autora, la distinguida educacionista Clemencia R. Ceballos, no es desconocida para nuestro público. En el Congreso Pedagógico que se reunió en el local de la Exposición Continental, fué una de las oradoras que mas sobresalieron y á quien la prensa de esta Capital tributó fervientes aplausos.

En la carta que nos ocupa, la señora Ceballos ha sabido dar á sus dolores una manifestacion tan delicada y verdadera que difícilmente puede el ánimo del lector sustraerse á la influencia de esa atmósfera de tristeza que envuelve el escrito, y que, para nosotros, simboliza toda la intensidad y toda la sinceridad de la desgracia que lo ha motivado.

La manifestacion mas elocuente del dolor es el silencio. No hay duda.

Peró á veces el mismo sufrimiento excesivo, tenaz, intenso, profundo, llega á vencer nuestra voluntad haciéndonos lanzar gritos, implorando de un amigo ó de un semejante ayuda y consuelo. Creemos nosotros que en esos gritos hay tambien tanta elocuencia como en aquel silencio.

Y eso es precisamente la carta de la señora Ceballos, que vá á leerse: un ¡ay! de desesperacion arrancado por un dolor supremo:

Señor D. Domingo F. Sarmiento.

Presente.

Grande y buen amigo:

En las horas de pesar es natural buscar apoyo en los seres que nos quieren.

Tengo buenas pruebas de su cariño, por eso vengo á vd. con mi dolor!

Acabo de perder el fiel compañero de mi aislamiento, el que desde diez años há endulzó mis horas tristes con sus caricias suavísimas, el que recibió las lágrimas que mis ojos debían ocultar al egoísmo social, el único sér á quien á la faz del mundo pude llamar mi compañero de hogar, sin que la férula de la crítica me azotase con el deshonor que acompaña á la convivencia entre personas de distinto sexo cuando los vínculos de familia ó la iglesia no los unen!

El era todo mio, y bien puedo decir de su amor lo que dijo el gran Góethe:

«Das ist die wahre Liebe, die immer und immer sich gleich bleibt.»

Wenn man ihr alles gewährt, Wenn man ihr alles versagt.»

(«El verdadero amor es el que siempre y siempre queda igual,

Cuando se le concede todo, ó si todo se le niega.»)

Sí, su amor quedó siempre igual para mí, aún cuando la sociedad le consideraba como de último orden en mi casa. Pero, él contaba con la rectitud de mi carácter y sabia cuánto le amaba.

No me acompañaba nunca ante el público, era encantador en su timidez; mas no faltó jamás á recibirme con cariño, á la hora en que sola en mi hogar sólo podría acompañarme él, cuya delicadeza de sentimiento respetó siempre mi situacion, y me prodigó cuantas caricias era capaz de expresar en su elocuente silencio.

Ah! señor, cuánto debemos á los que nos quieren bien!

Mi vida tormentosa tuvo su calma en el pacífico carácter de mi compañero; le debo, pues, y le pago en este recuerdo, lo que otros debíudome, han negado.

Quedan unidos á mi mente mil recuerdos gratísimos de su fidelidad, incidentes preciosos, que muestran su ternura y la íntima adhesion con que se unia á mí.

Sin embargo de su humilde esfera de familia, habia adquirido un nombre honrado, y era estimado por todos los que le

conocieron; mi familia y amigos, aún en su correspondencia epistolar, siempre le enviaban sus afectos interesándose por él.

De este querido sér hoy sólo me queda el recuerdo, y la satisfacción de haber hecho por él cuanto pude.

Atendiendo á su falta de recursos monetarios, en los diez años que hemos vivido juntos le he proveído de cuanto necesitaba, incluso los pasajes desde Bell-Ville hasta Moron, donde acaba de dar sus restos á la madre tierra, que mi llanto ha regado, pagando un tributo á su memoria, con el dolor que me causa su muerte.

Se ha dicho, y con razon, que todo vuelve á su origen; hoy heredo de él, pues yo tiene herederos una casa y algunos muebles que yo le habia regalado.

Al mirar esos objetos que le pertenecieron, siento el pesar que un poeta sublimó en la poesia titulata: *«La cuna vacía.»*

Era mi amigo, mi niño, mi fiel, por eso le lloro. Me hizo todo el bien que pudo, ¿cómo no estimarle? ¿cómo no sentir hoy su falta? En él desaparece el *Pussy* de mi hogar, *l'enfant gaté* de mi cariño!

A él y á mis pesares me unia la vida; de él me separa hoy la muerte, quedo, pues, sola con los últimos.

Ah! Señor! Otra vez sola!

Qué fria está mi mansion!

En el hogar del afecto, hoy sólo queda la ceniza del recuerdo!

Señor: De los muchos títulos justamente adquiridos por Vd. ante las sociedades que se han honrado al contarle en su seno, me dirijo hoy al de Presidente de la Sociedad Protectora de los Animales, pues, en esa calidad sabrá apreciar mejor la justicia de mi sentimiento en favor del sujeto que motiva esta carta.

Señor Presidente! El era el mas bello de los gatos, cuyo retrato y hermosa piel, podré enseñarle cuando tenga el honor de recibir otra visita de Vd.

Estrecho la mano del amigo, con la efusion del cariño de su admiradora y S. S. y amiga—

Clemencia R. Ceballos.

Bs. As. Enero 8 de 1883.

Dos días despues, el galante anciano se presentó de riguroso luto en casa de la autora de esta carta, á hacer la visita de pésame que la broma requería.

Cambiados los saludos de orden, comenzó á hacer el panegirico de la raza felina, y particularmente del difunto.

La señora Ceballos, le presentó la piel de su gato, diciéndole:

—Ya vé, Señor, cómo estimo á mis amigos, hasta despues de la muerte!

—Sí, contestó Sarmiento, ya lo veo, sacándoles el cuero!

Semejante contestacion fué un bálsamo consolador para la amiga del difunto, pues no pudo menos de reirse de muy buena gana, admirando la agudeza de ingenio de aquel viejo niño.

GRANDEZA Y MISION DEL ARTE

Para tener una idea de la importancia de las artes, basta imaginarlo que serian las grandes naciones de la tierra si se suprimiese en su historia los monumentos levantados en honor de sus creencias, las obras á que han impreso el sello de su génio. Sucede con los pueblos lo mismo que con los hombres: despues de su muerte sólo les sobreviven las cosas emanadas del espíritu, es decir, la literatura y el arte, poemas escritos y poemas de piedra, de mármol ó de color.

Si el Egipto nos fuera desconocido, si el recuerdo de ese país hubiese desaparecido por completo de la memoria del hombre, tal vez algun filósofo, al descubrir un día en las soledades de Menfis tres pirámides custodiadas por una esfinge, adivinaria la existencia de un pueblo religioso, esclavo, avasallado por el misterio, inmóvil en sus ideas, lleno de fé en la inmortalidad de la vida; y el significado de aquellos monumentos simbólicos le llevaría quizá á reconstruir la antigüedad del Egipto, renovando sus costumbres y penetrando sus recónditos pensamientos. . . Si la Grecia fuera un país desconocido, ó se hubiese sepultado en la noche del olvido, un artista, al encontrar cierto día una columna de las Propileas, un fragmento de las esculturas de Fidias, un bronce de Lysipo, una moneda de Alejandro ó un vaso griego, sospecharía que un gran pueblo habitó aquellas comarcas, que ese pueblo estuvo dotado de un buen sentido delicado, de un gusto puro,

de un esquisito sentimiento de la gracia, y que llevó el culto de la belleza hasta divinizar el hombre, y humanizar los dioses.

Sí, un pórtico, una ruina, una cabeza de mármol, nos bastan para remontar por el pensamiento á aquellos tiempos heróicos en que, como dice el poeta, el cielo vivía y respiraba en la tierra.

Ou Vénus Astarté, filie de l'onde amére,
Ruisselait, vierge encor, des larmes de sa
(mére,
Et fecondait le monde en tordant ses che-
(veux.

Parece que las naciones hubieran presentado que su gloria seria medida por las obras del poeta y del arquitecto, del escultor y del pintor, porque no existe un solo pueblo que no haya honrado á los artistas, sospechando talvez que ellos serian los futuros testigos de su grandeza. En el Oriente primitivo y en el valledel Nilo, el arte confundido con el mas alto sacerdocio, era tan venerado como el gran pontífice. La fábula de Prometeo arrebatando el fuego celeste para animar la arcilla, simboliza en Grecia á no dudarlo, el orijen augusto de las artes. Por eso no causa sorpresa saber que el mas sábio de los filósofos, el maestro de Platon, fué escultor, y que como tal modeló las tres Gracias.

Entre los Eleanos un sentimiento de respeto se ligaba al recuerdo de Fidias, y los descendientes de este grande hombre se trasmitian de padres en hijos la carga de mostrar á los extranjeros, como un lugar de veneracion, el taller en que habia esculpido su Júpiter Olímpico. La efígie del estatuario Alcarneno estaba colocada en la cima del fronton del templo de Eleusis. La ciudad de Pérgamo, en Mysia, compró con sus propios caudales un palacio en ruinas, con el único objeto de salvar algunos muros cubiertos con pinturas de Apeles; y sus habitantes suspendieron en una red de hilos de oro los despojos mortales de su ilustre pintor.

Mas rudos que los Griegos, los romanos heredaron sin embargo su soberana estimacion por los artistas, y Ciceron cuenta que Lelio Fabio, descendiente de cónsules y de triunfadores, inscribió su nombre en las pinturas ejecutadas por él en el templo de la Salud, y se hizo llamar *Fabius pictor*. Finalmente, en los tiempos modernos, fué el mas soberbio de los emperadores de Alemania, aquel que reunia en sí el orgullo germánico y la altivez castellana, Carlos V, quien pronunció estas famosas palabras: *Ticiano merece ser servido por César.*

Si el arte ocupa un lugar tan encumbrado en el espíritu de los hombres y en el dictámen de los primeros pueblos de la tierra, este solo hecho nos advierte que su mision es grande. Tócanos, pues, definirla.

¿Es el arte una distraccion del espíritu, una manera de hacer grata la existencia? No; su objeto es mas sério y mas noble. El artista tiene por mision avivar en nosotros el ideal, es decir, revelarnos la belleza ingénita de las cosas, descubriendo su carácter imperecedero y la pureza de su esencia. Las ideas que la naturaleza pone de manifiesto en una forma oscura ó enmarañada, el arte las define y las ilumina; y como sus bellezas están sometidas á la accion del tiempo y á la ley universal de destruccion, el arte las liberta de ellas, arrebatándolas al tiempo y á la muerte. Mirad la Niobe antigua: aún al lado de la mas jóven de sus hijas conserva toda su frescura.

Una mujer hermosa se preocupa toda la vida en ser bella, ó en dejar de serlo poco á poco, por que sabe bien que no tiene sino un solo instante de verdadera belleza, de plenitud de existencia: pero en ese instante supremo, su belleza es absoluta, revela el divino misterio, torna visible para nosotros la invisible belleza. Mas entónces interviene el artista, parará el sol, detendrá la carrera de los años, y despojará á esa belleza de lo que no es esencial, el tiempo, para mostrarla en la eternidad de su vida.

Luego, la obra de arte es una creacion, puesto que penetrando el espíritu de las cosas al través de las apariencias, el artista produce seres conformes á la idea creadora, á la idea viva encerrada en su mente. Pero si el artista tiene el poder de crear, debe tener tambien el derecho de usar de la libertad en toda su plenitud, debe seguir el vuelo de su propia inspiracion, porque de otra manera ¿cómo podria obedecer su mano, sin frialdad, el espíritu de otro? ¿Cómo reemplazaria la íntima armonía que reina entre el cuerpo y el alma, es decir, el calor propio de la vida? Luego el arte es libre, es absoluto, y no depende sino de sí mismo. Luego, tambien, no puede confundirse con lo agradable, por que entónces perderia su libertad, y vendria á ser un amable esclavo.

No hay duda que el arte nos causa agrado: es la gracia y el encanto de la vida. Pero su objeto no es agradarnos. De otra suerte ¡pobre de él! Sometida á todas las variaciones del día y de la hora, la belleza, aquella que encierra la idea inmortal y es

reveladora de lo divino, se convertiría en mero juguete de nuestras móviles sensaciones. Quien la admire hoy la repudiará mañana, y siendo dueños de juzgarla siguiendo nuestra impresión personal, veríamos la más voluble que la fantasía y menos duradera que la moda.

Un solo hombre tendría entonces el derecho de proclamar bello lo que el género humano encontrase feo, justificando así el viejo adagio, tan falso cuando es aplicado á las artes del diseño: *sobre gustos no hay disputa*. ¡Error funesto que consagra la anarquía en el dominio del espíritu! ¿El génio dejaría de ser libre por que obedeciese sus propias leyes? ¿Y qué cosa entonces es el génio, sino la rápida intuición de las leyes supremas? Y estas leyes la filosofía tiene el derecho de conocerlas, porque á ella le corresponde juzgar si la forma es adaptable á la idea. Empero, cualquiera que sea la variedad inagotable de las formas, existe siempre una más perfecta que las demás; y es la razón, auxiliada por el sentimiento, á quien corresponde el fallo.

Nó! no es solamente bello lo que agrada.

Hay muchas cosas que, como lo hacia observar Sócrates á Hipias, son agradables sin ser bellas. Los placeres de la mesa, por ejemplo, pueden llamarse bellos? Existen multitud de naciones que encuentran agradables el té y el café: pero ¿habrá alguien que se atreva á decir que son bellas esas sustancias?

Luego, no debe confundirse lo bello con lo agradable, ni mucho menos con lo útil, que es á menudo su peor enemigo.

Aquel que en un vaso griego no viese más que una vasija, y en una copa de Cellini un salero, ese las destruiría bien pronto usándolas. En efecto, utilizar es apropiarse las cosas á nuestro deseo, reducirlas á sustancia, sacrificarlas por fin.

El día que los pontífices romanos miraron como útiles los monumentos de la antigüedad, los convirtieron en ruinas; pero ¡oh raro caso! entonces esas ruinas se embellecieron más que el mismo monumento.

Por eso el viajero que visita de noche el *Forum*, experimenta uno de esos arrobamientos cuya inefable impresión se conserva siempre en el alma. El aspecto de esos fragmentos le sumerge en un sueño delicioso, solemne, y para el viajero el arco de Tito y el Coliseo, han alcanzado la plenitud de su belleza sólo en el instante en que dejaron de ser útiles.

Lo útil es del dominio de la industria, lo bello constituye el patrimonio del artista.

Se admira las creaciones del arte, y se consume los productos de la industria. Cuando la belleza no es la primera calidad de un objeto, ese objeto no es obra de arte. Un mueble de uso puede tener cierta suma de belleza, pero nó es bello en sí mismo, ni por su esencia—Está embellecido.

Cuando lo útil y lo bello se reúnen en una misma cosa, sucede á menudo que la belleza parece proscribir el uso, y si aquella triunfa, el objeto se torna inútil. Luego, la utilidad es estraña al destino del arte: para conservar su dignidad, su grandeza, debe tener un objeto determinado, propio por decirlo así.

Si se le convierte en misionero de la religión, en oficial de moral, como decia Mirabeau, ó en agente de gobierno, no dejará de ser esclavo por brillante que sea su esclavitud.

Aún en servicio de las más nobles causas, no puede convertirse en instrumento sin rebajarse ó empequeñecerse, porque la inspiración libre, sin trabas de ningún género, es el más ilustre privilegio del artista.

La libertad es el más encumbrado destino del espíritu.

No hay duda que puede ocurrir alguna vez que de una bella obra de arte resulte una idea moral; pero la moral depende del espectador que la deduce, es él quien la encuentra y quien la demuestra. En la época en que la pintura estaba en la infancia se figuraban en los cuadros inscripciones morales escritas en tiras, ó trazadas en banderolas que salían de la boca de los personajes. Estas injenuidades góticas demuestran hasta donde llegaba el servilismo del pintor, y hasta donde podría ir, si el arte aceptase la misión de predicar la virtud por medio del dibujo y del colorido. Olvidando poco á poco su verdadero fin, que es manifestar lo bello, caeria pronto en la infancia: el fondo primaría á la forma, la moral absorbería la belleza, y el arte no existiría.

Ahora bien, si tenemos presente la distinción que hemos hecho, veremos que, por un encadenamiento maravilloso, el arte produce por sí mismo lo que no constituye su objeto, es decir, que es religioso y moral, útil y encantador.

Es religioso por que lo bello es un reflejo del mismo Dios.

Toda verdad envuelta por una forma sensible y bella, muéstranos, velado, el infinito: cubre y descubre á la vez la belleza eterna.

Es moral, porque eleva el alma y la purifica: es el esplendor de lo verdadero, según un hermoso pensamiento platónico, modificado por San Agustín: *splendor boni*. Cuando me coloco delante de una obra maestra, experimento la necesidad de poner mi alma al unísono. Si poseyese el sentimiento de mi indignidad, la admiración sería para mí un reproche, una sensación incómoda; y humillado por la estrechez de mi pensamiento, una vez que adquiriese la conciencia de mi personalidad, haría un esfuerzo para borrar de mi mente las sombras que la empañaban al reflejar en ella la viva luz proyectada por la belleza.

El arte es útil para las agrupaciones humanas, porque dulcifica las costumbres, y rempla la natural aspereza del hombre, con sólo darse en espectáculo dentro del hombre mismo.

Cuando Eneas arrojado por la tempestad á las costas de Africa, llega sigilosamente á Cartago, penetra en el templo de Juno, y vé en sus muros una série de pinturas representando el sitio de Troya. En presencia de este espectáculo, se calman sus inquietudes, y renace á la esperanza. «Tranquílitos, dice á su compañero, que en este sitio los desgraciados encuentran corazones piadosos». . . *Sunt lacrymae rerum* . . .

«Contemplando diariamente, dice Platon en su *República*, obras maestras de pintura, de escultura y de arquitectura, los géneos menos predispuestos á sentir la belleza, educados en medio de obras semejantes, como si respirasen un aire puro y sano, adquirirán el gusto por lo bello, por lo decoroso y lo delicado: se acostumbrarán á discernir con exactitud los defectos ó las bellezas de las obras del arte y de la naturaleza, y esa venturosa rectitud de juicio se convertirá en una modalidad de su alma.»

Dejad, entonces, que los grandes artistas obren libremente: sin pensar en agradarnos, nos deleitarán; sin querer moralizarnos, elevarán nuestra alma. Dejad obrar á la Belleza, que, joven, graciosa y velada, nos guiará por sí misma hasta donde tiene su asiento su austera, casta y desnuda hermana, la Verdad.

CARLOS BLANC.

MIMÍ

Era al rayo del sol de la mañana,
El jardín se bañaba en sus fulgores
Y la brisa al pasar, dulce y liviana,

Repartía sus besos á las flores.
 Los árboles gozosos, sacudidos
 Por sus ráfagas cálidas y suaves,
 Acompañando al canto de las aves,
 Arrullaban sus sueños en los nidos.
 El estanque bruñido sonreía,
 Todo era alegre: el césped deslumbrante
 Escuchaba estasiado la armonía
 De la fuente veloz, y allá distante
 Se empinaba curioso y solitario,
 Bañado de la luz en los reflejos,
 Con su cúpula tersa de azulejos
 Y su cruz cincelada, el campanario.
 Recorriendo las flores amorosas
 Y dejando en los pétalos su aliento,
 Como rayos de sol, las mariposas
 Giraban en eterno movimiento!
 Todo era un himno al resplandor del día,
 Al cielo centellante de la aurora,
 Himno lleno de luz embriagadora,
 De sávia, y explosiones de alegría!
 Balbuceaba la brisa pasajera
 En la verde estension de la espesura....
 El mundo se agitaba con ternura.
 En su luna de miel, la primavera!....

II

Julia corría en medio de las flores,
 Esas dulces hermanas de la infancia
 Que tienen su candor y su fragancia
 Y calman con dulzura sus dolores.
 —En su espalda la rubia cabellera
 Se esparcía como oro deshilado,
 Y su cútis de armiño, sonrosado
 Por la viva inquietud de la carrera,
 Atraía á las bellas mariposas —
 Como la blanca túnica del lirio
 O la roja corola de las rosas.
 Era un sueño, era un rayo, era un delirio
 Persiguiendo los giros de su vuelo!
 Las ramas se inclinaban en su frente
 Y al pasar á la margen de la fuente
 La contemplaba, reflejado, el cielo!

Al fin, cansada, se detuvo. El viento
 La acarició con mas amor. La alfombra
 Del césped verde le ofreció su asiento,
 Y los árboles todos, cariñosos,
 Se dilataron para darle sombra! . . .
 Meditaba. En sus ojos luminosos
 Flotaba su mirada deslumbrante
 Con la muda plegaría del que invocaba!
 Su único anhelo, su vision constante,
 Lo que daba sonrisas á su boca,—
 Era ese eterno sueño del cariño,
 Era la imágen blanca y hechicera
 De una Muñeca, la primer quimera
 Que despliega sus alas en el niño!

III

La Muñeca llegó. ¡Cuántas caricias!
 ¡Cuántos sueños de pronto realizados!
 ¡Cuánto amor, cuántas íntimas delicias!
 Brillaron en sus ojos azulados!
 Aquel pequeño sér, aquel esposo,
 Inanimado y yerto, de la vida,
 Exhalaba un tristísimo sollozo!
 En su cuello flotaba desprendida
 Su suelta cabellera, que adornaba
 Julia llena de encanto y de ternura,
 Y como último rasgo de hermosura,
 Y gracia extrema, la Muñeca hablaba! . . .
 Era poco, es verdad. Pero, lectores,
 ¿Para qué mas palabras, si decia:
 —*Papá y mamá*, y, exánime, gemía
 Como el ave sin nido entre las flores? . . .

Julia la amó con la pasión intensa
 De la niñez risueña. La llamaba
Mimí; vivía de su voz suspensa;
 Al descender la noche la arrullaba
 Y dormía con ella entre los brazos!
 Y si á veces, *Mimí* trémula y llena
 De dolor, al llorar era importuna,
 Julia inflexible, con enorme pena,—
 Y aunque sintiendo el alma hecha pedazos,
 La dejaba dormir sola en su cuna!

Y luego, era el perdón. ¡Cuántos acentos
 De cariño, borraban su castigo!
 De su abandono y su dolor testigo
 Para calmarla, le contaba cuentos!
 Y al conjuro de esa alma encantadora
 Acudían los Génius y las hadas;
 Barba Azul en la sombra aterradora,
 Pulgarcito estampando sus pisadas
 Al través de la selva tenebrosa
 Donde el Ogro de niños se alimenta.
 Y, junto al fuego del hogar, radiosa,
 La pobre, la querida Cenicienta!

IV

Llegó el invierno destemplado y friol
 Los árboles, sufriendo las nevadas,
 Retorcían sus ramas demacradas
 A la luz del crepúsculo sombrío.
 Ya no flotaban como tersas plumas
 Las nubes, al cruzar el firmamento,
 Como un puñal asesinaba el viento,
 Todo era angustia, soledad y brumas!
 La fuente se arrastraba moribunda
 Sobre el lóbrego cauce congelado,
 Y el mar, sobre el peñasco descarnado,
 Reclinaba su sien meditabunda!
 Sin la fuerza del sol y de la aurora,
 Bajo el cielo de nubes encubierto,
 El jardín muere, la arboleda llora

Y nadie cruza su ámbito desierto! . . .
 Todo busca calor. Dentro del nido
 No se escuchan arrullos ni canciones,
 Caen las hojas y van las ilusiones
 A morir en el seno del olvido!

Ay! el plácido hogar gime sin calma!
 Falta una voz en el recinto estrecho,
 La voz de Julia que le daba el alma!
 La fiebre que, esperádola en asecho,
 La ha dejado crecer, pura y hermosa,
 Una noche callada y tempestuosa
 La hirió á traición y la postró en el lecho!
 Y su pobre cabeza, devorada
 Por el delirio y el dolor, se oprime;
 Vaga triste y sin rumbo su mirada;
 De cuando en cuando dolorida gime,
 Y cansada, sin sávia se debate
 En garras de ese fúnebre tirano,
 Con el esfuerzo triste y soberano
 Del que lucha en el último combate!

Lentamente se apaga la existencia
 En su cuerpo extenuado. Todo inspira
 A su lado la paz y la inocencia.
 Su madre melancólica la mira,
 La luz alumbraba su pequeño lecho,
 Un Cristo le abre los eternos brazos,
 Y sueña que recibe sus abrazos,
 Y que duerme, por fin, sobre su pecho!
 Entónces, como flor que en la mañana
 Inclina sobre el tallo la corola,
 Como en un beso, pálida y liviana,
 Se desgarran la espuma de la ola,—
 Doblegando su frente sin pesares,
 Oye un trémulo acento que la nombra,
 Escucha como un ruido de cantares,
 Quiere abrazar á un ángel en la sombra,
 Estiende el brazo, rígido y suspenso,
 Como apartando el golpe que la hiere,
 Mira á su madre con amor inmenso,
 Y, besando á *Mimí*, suspira y muere!

V

Desde entónces la madre sin aliento
 Como un espectro en la tiniebla, pasa,
 Con un solo dolor y un pensamiento
 Que el alma lentamente le traspasa!
 Y arrastra, con la mente en el pasado,
 Que como una montaña se derrumba
 Encima de su pecho fatigado,
 La vida del ciprés sobre una tumba!

De tarde en tarde, con la vista errante,
 Cavilando en su marcha, se dirige
 Al lecho abandonado, y anhelante
 En el mudo martirio que la aflige,

Con la frente siniestra y contraída
Por la sombra tenaz de su fortuna,
Dice:

—Julia!...No ha muerto...está dormida.
Y se aleja, estraviada, conmovida,
Mientras queda *Mimi* sobre la cuna!

MARTIN GARCIA MEROU

PARTIDA DE CAZA

Buen lector, si eres bueno, que sí lo serás, déjate y ven á acompañarme por esos andurriales, que el peor mal que de ello puede venirnos es que tú pierdas el tiempo y yo tambien: digo, si es posible que alguna vez pueda perderse lo que sólo es nuevo por una aberracion del entendimiento. El tiempo no es nada, ni es de nadie. El reloj no es otra cosa que un ingenioso aparato con que engañamos nuestros sentidos. Eso lo sabe todo el mundo.

Ven, pues, y acompáñame. Allí donde te aburras y te canses, me lo dices y nos volveremos.

Es lástima que no nos conozcamos; pero no importa. Haremos nuestra excursion en paz y buena armonía.

Entre otras extravagancias que yo tengo, figura en primer término la de no incomodarme jamás: porque creo que fijándose bien en lo que es el mundo y en lo que es la vida, se vé claro que no merecen la pena ni el uno ni la otra de que por ellos se imponga un hombre el bárbaro sacrificio de incomodarse.

Seremos, segun eso, si no buenos amigos, corteses compañeros por lo menos.—Hablares de lo que quieras. Te advierto que «sólo sé que no sé nada,» como dijo Sócrates; pero bueno es que recuerdes que para hablar, ni se necesita saber, ni meditar siquiera.—Hablares de lo que gustes, digo: y si de nuestra conversacion no resultase cosa alguna de provecho, habremos repetido lo que hacemos todos los dias sin darnos cuenta de ello, como aquel personaje de Moliere que, sin saberlo, se habia pasado la vida entera hablando y escribiendo en presa.

Ven, lector, y acompáñame. Voy de caza. ¿Te gusta la caza? A mí me enloquece. Vamos, pues.—El camino es áspero, la montaña es alta, la maleza mucha, las piezas pocas, ninguna tal vez.

¿Qué importa? Hallaremos, al fin de la jornada, en el placer del descanso, la recompensa mejor de la fatiga.

Voy, lector, á caza de ideas.

Llevo la débil red de mi deseo, y soy además portador de excelentes municiones. De un lado, muchos libros, muy buenos libros, depósitos sagrados en que los hombres fueron poniendo todo lo que pensaron y todo lo que vieron.—Del otro, el universo entero, la inmensa naturaleza, libro eternamente abierto á todos los ojos y á todas las inteligencias.

¿Me preguntas qué armas llevo? El pensamiento.—Arma menguada, lector, pero es la única que tengo. Si pudiese trocarla por la que yo ambiciono, esa habria sido mil veces arrojada al abismo de los abismos.

No tengo fulminantes.—Es el acaso quien los proporciona.—Chispas sutilísimas que enlazan lo ideal con lo real, que ligán la inteligencia con lo que todos dicen y con lo que todos piensan, que ponen el cerebro en misterioso contacto con los globos que pueblan los espacios infinitos y con los invisibles átomos, ¿quién podrá decir que las lleva consigo?

Nadie ¡oh lector amigo!

Porque ni siempre se encuentran juntos el pedernal y el acero, ni aunque se encuentren tienen por necesidad que chocarse, ni aunque choquen, producen siempre luz. Pocos son los elegidos que llevan en sí el acero y el pedernal con que producen, por un esfuerzo supremo de su espíritu, esa luz soberana de las ideas que en esplendorosas cascadas se vierte sobre el mundo.

Vamos, pues, que el tiempo es corto y la impaciencia mucha...

¿Ya sientes el cansancio?—Espera.—Allá en el fondo del valle me parece distinguir algo que se mueve entre la niebla. Fíjate. Sus formas aparecen cada vez mas perceptibles. Despide en torno una especie de hermosa claridad que embelesa y que atrae. ¡Ah! no terminaremos, no, la emprendida jornada sin dar pruebas de nuestra maestría.

Ya estamos cerca... ¡Maldicion! ¿Ves como se interna en la niebla, en la niebla oscura, dejando la incertidumbre en nuestro pecho y nuestra esperanza burlada?

Enderecemos los pasos á la encantada floresta que á lo lejos se divisa. No desmayes, lector.—Ya hemos llegado.

¿No contemplas algo soberbiamente fantástico que hiende los aires y viene hácia nosotros en medio de una aureola de luz deslumbradora?—Prepárate y préstame tu ayuda.—¡Bravo! Ya ha caído á nuestros pies.—¡Oh! Despues de esta victoria, ya sólo para ser felices, nos falta poder imaginur que lo somos.

Mas, ¿de qué extraños caracteres es portadora la magnífica presa á costa de tanto esfuerzo conseguida?—Lee, si puedes.

«El Universo es infinito: no tiene límites.»

¡Ah, lector! ¡Nuevo desengaño! Nos hemos apoderado de lo que no es nuestro; hemos invadido los dominios de los Cotta, y de los Laplace, y de los Humboldt.

¿Qué miro sobre tu derecha? Preparémonos.—Nuevo triunfo; nueva presa. Su hermosa magnificencia hará que olvidemos los rudos contratiempos de la jornada.—Algo distingo en ella que, al turbar mis ojos, ilumina mi oscura inteligencia y la obliga á recorrer inconmensurables regiones, hasta ahora por ella jamás exploradas, ni entrevistas siquiera:

«Dios es todo, y todo es Dios.»

Detente, lector. No nos pertenece.—No podemos disputar lo que es de Spinoza y lo que fué, antes que suyo, de Xenófanes; y de Parménides, y de Zenón de Etéu, y antes que de éstos, de los filósofos de la Persia y de la India.

Sigamos, empero, la penosa excursion, y confiemos en que pronto hemos de dar con algo que podamos declarar nuestro, exclusivamente nuestro. ¿Lo dudas? Quizá no tengas razon para dudarlo.

Tendamos nuestra red hácia la izquierda.—Nueva fortuna. ¿Lees algo? «Todo se mueve completando el todo...»

Saludemos á Goethe, dejemos lo que no nos pertenece y marchemos...

¡Alto!—Tendamos la red en este maravilloso bosquecillo que se extiende ante nosotros, ya que deleitan en él sus poéticos ruidos, y embebece la vista el mágico espectáculo de desconocidas bellezas y embriagan nuestros sentidos las regaladas brisas embalsamando el ambiente con no aspirados perfumes.

Van las piezas cayendo una en pos de otra. Soberbia partida la nuestra, lector amigo—¿Dices que distingues en todas ellas caracteres apenas perceptibles que arrastran tus miradas, á la manera que es arrastrado el acero por la fuerza del imán? Quizá sea ilusion de tus sentidos... Pero, nó, La razon está de tu lado. Leamos:

«Si se suprime una ley de la naturaleza, quedan todas suprimidas.»—Adelante, lector, es de Feuerbach.

«El mundo gira sobre su eje...» ¡Salve, Galileo!

«Pienso, luego soy.» ¡Paso á Descartes!

«El hombre vive en intimidad con la naturaleza.» Inclinémos ante Edgar Quinet.

«El hombre vive como el pájaro en la jaula: sus acciones están circunscritas dentro de ciertos límites.» Respetemos á La vater.

«El cuerpo humano es una forma modificada del cuerpo animal: el alma humana es un alma animal de mayor potencia.»—Es de Burmeister, lector.

«La lucha es la ley de la existencia.» ¡Honor á Darwin!

«El pacto es el origen de las sociedades.»—Habla Rousseau.

«Así como la evolución es ley de la vida de los seres, es ley que sigue la sociabilidad humana.»—Paso á Herbert Spencer.

No es posible, lector amigo, mayor desventura.—Nada llega á nuestro menguado alcance que no reconozca ya dueño. Tal vez dijo bien el poeta latino: *nihil novum sub sole*. Volveremos, ¡oh, sí! volveremos de nuestra jornada con el desaliento en el corazón y la esperanza perdida.—Pero ayúdame, te lo ruego, á intentar un último esfuerzo.

«Ningun dolor mas grande que el recuerdo del tiempo feliz, en la desdicha.» Saludemos ¡oh lector! al cantor inmortal de Beatriz.

«La vida es sueño.» ¡Salve Calderon!

«Tu descanso es el sueño. Llámalo con frecuencia y tiembles ante la muerte, que no es ni mas ni menos.» Rindamos homenaje al gran Shakspeare.

«...Hay que sufrir despues que se ha sufrido, Y hay que amar otra vez cuando se ha (amado»

Es de Musset, lector.

«Del corazón inextinguible fuente, no se agota jamás!»

Es del insigne Campoamor.

Volvamos, lector amigo, si es que no te has vuelto ya, cansado y sin aliento, ante la abrumadora inutilidad de nuestros esfuerzos.

Tiendo por todos lados, con ansia indecible, mi acongojado pensamiento, y no encuentro en las soberanas regiones donde viven las ideas, nada, absolutamente nada mio.

Si alguna vez tienes la mala suerte de que mis extravagancias me conduzcan á invitarte á una nueva partida de caza, no aceptes: porque sólo hallarás, en conclusion, á vueltas de muchos amargos desengaños y de muy duras decepciones, que en el terreno del pensamiento, si bien nada es

nuevo, existe una verdad que consuela y fortifica el espíritu: y es la de que todo es de todos.

RAFAEL CALZADA.

CUENTOS ALEGRES

SUS LABIOS

—¿Y sus cabellos? le pregunté.

—¡Sus cabellos! dijo Valentin, no semejan á los reflejos del oro, ni á los rayos del sol, porque el oro es frio y el sol opaco; pero radiantes y cálidos, quemando á la par los dedos y los ojos, aquí rubios como el Sauterne, allá amarillentos como añejo Cognac, y mas lejos retorcidos como culebras hechas ascuas, son enorme incendio recogido del que emana, imponiéndose, una tan perversa embriaguez, que sólo el diablo—ataviador de cortesanas y peñador de hermosas hembras para la mascarada humana—ha podido hacer tal cabellera con las llamas de la mas infernal de sus hogueras; aquella donde arden las lujurias.

—¿Y su frente? le pregunté.

—¡Su frente! dijo Valentin. Es pálida y estrecha; parece una venda de nieve puesta sobre las cejas para templar el ardor ascendente del deseo.

—¿Y su nariz? le pregunté.

—¡Su nariz! dijo Valentin; á ella he dedicado esta frívola cuarteta:

En su carita de rosa
Bate sus alas de carne
La nariz, cual pajarillo
Que alza su cola á los aires.

—¿Y sus ojos? le pregunté.

—¡Sus ojos! dijo Valentin. Si en el corazón de abrasados topacios se pusiera una gota de diamante, en el que dormitara la quinta esencia del resplandor de las estrellas todas, aquellos topacios tal vez se parecerían á sus ojos.

—¿Y sus mejillas? le pregunté.

—¡Sus mejillas! dijo Valentin. Como es jóven y como es parisiense, junta al candor de la tez el embuste de la perfumería. Cándida á la vez y sagaz, tiene frescura y afeites. El que roce su mejilla creará aspirar el perfume de una rosa, dada de colorate.

—¿Y sus labios? le pregunté.

Valentin titubeó.
—¡Sus labios! dijo, los he visto apenas.
—¿Apenas los has visto?

—¡Claro está, exclamó, porque los besa continuamente! . . .

BUENA AMIGA

—¡Toc! ¡toc!

—¿Quién llama?

—Abra usted.

—¡Abrir la ventana á estas horas! Es usted loco! Voy á descansar; ya me he quitado el sombrero y un guante.

—Asómese usted á la reja y yo le ayudaré á quitarse el otro.

—Es usted un impertinente. Siga usted su camino.

—Es que la quiero á usted.

—Eso no tiene nada de particular.

—Es que me muero por usted.

—Muérase usted ó viva, me tiene sin cuidado.

—Soy jóven.

—Y cándido; váyase usted.

—Soy buen mozo.

—Y fátuo; váyase usted, digo.

—Soy rico.

—Y tonto. Váyase usted, ó llamo.

—Soy el novio de su amiga de usted Clementina.

—¡Por qué no lo ha dicho usted ántes!

Y abrió la ventana.

CÁTULO MÉNDEZ.

UN AMOR TRANSITORIO

¿Nunca se ha detenido el lector á considerar en la caprichosa casualidad que de tan extraño modo influye en nuestros destinos? Para mí, cada vez que pienso en ello al recordar los pocos é inesperados acontecimientos que alguna influencia han tenido en mi vida, y al ver que han sido debidos sólo á ella, me ha venido muchas veces la tentación de seguir la práctica de aquellos filósofos fatalistas que no se desviaban de su camino aunque viesan que un carro debía atropellarlos.

Tal rendido amante, que se imagina que la bella niña á quien hoy adora con todas las fuerzas de su alma será la mujer única á quien pueda unir su suerte, no ve, porque no lo sabe ni aún tiene idea de que exista, que tal mocosa de ocho años que vive ignorada en un rincón de provincia, ha de encontrarla algun día en su camino y ha de haberlo bailar en la cuerda como un maniquí, concluyendo por casarse con ella y ser padre de una numerosa familia.

Es de apostar con seguridad de no perder que los acontecimientos mas notables de la historia del mundo, han tenido sólo á lo por causa. Los hombres, sin embargo, tratando de indagar el oríjen de las cosas, van á encontrar á mil leguas de distancia, y por medio de un admirable encadenamiento de sucesos, vienen á probar un resultado inevitable; cuando se les ha ocultado á su vista la verdadera causa que, si siempre, es á menudo puramente la casualidad.

Y en la vida ordinaria, cuando pensamos en nuestro porvenir, ¿no encadenamos de tal modo las diferentes fases que iremos pasando, que creemos ser tal ó cual cosa á vuelta de tanto tiempo? Todos calculan para lo venidero; yo quisiera, sin embargo, preguntar á los hombres que han vivido, si los resultados de esos cálculos han sido los que de ellos se esperaban ó si solamente se han acercado.

Segun ésto, lo mejor es dejarse guiar por la corriente; ella misma nos conducirá al punto donde infaliblemente debíamos de ir. Luchar contra la suerte es cansarse en vano; todo el jéuio de muchos grandes hombres, ha consistido sólo en tener fé en ella.

Poco mas ó menos de la misma opinion era un antiguo condiscípulo mio llamado Luis C. . . , jóven apreciable por su carácter franco y generoso. Amigos jamás buscó, porque viviendo en medio de los hombres, creia él, tiene uno precisamente que ligarse con ellos sin necesidad de salirles al encuentro. Miraba como absurda la costumbre de hacerse presentar en una casa donde habia alguna niña buena moza para hablarle la corte, sin tener otra probabilidad de ser aceptado por ella que la fatuidad de hacerse hombre capaz de inspirar una pasión á cualquiera mujer.

El amor es preciso que brote naturalmente en los corazones, sin necesidad de esos fastidiosos é insípidos rodeos que se llaman cortejo y declaraciones amorosas; es preciso que brote como la planta con la ayuda del rocío de la noche y de la natural humedad de la tierra. La flor que abre su cáliz sólo por la fuerza de medios físicos, es raquítica, sin vistosos colores profundos de perfume; el amor que para nacer necesita de atenciones y frases estudiadas, no puede menos que ser un amor ficticio, un triste amor.

Quizá por este motivo habia llegado á los años sin haber conocido este sentimiento, que, mas que á menudo, en vez de goce

sólo causa sinsabores. La fortuna que tanto afan causa á los hombres, viendo la muchedumbre de los que inútilmente trabajan para adquirirla sin conseguir su objeto, le hizo pensar que debía uno esperarla en su casa y no incomodarse en correr tras ella. Es verdad que esto, mas que con sus principios, estaba en consonancia con su carácter perezoso, pero siquiera hubo razon, porque, apesar de haber nacido pobre, una herencia inesperada lo elevó al rango, sino de los capitalistas, al menos de las jentes acomodadas.

Justamente con este motivo en 185... se vió obligado á hacer un viaje á Talca, y de ahí volvia á fines de agosto del mismo año, cuando un fuerte temporal lo obligó á alojarse á media tarde en una de esas malas posadas del camino del Sur. Apesar de ser temprano, de las tres piezas únicas que poseia el rancho que tan pretenciosamente se titulaba *casa posada*, sólo habia una que estuviera libre, hallándose ya las otras dos ocupadas por viajeros que tambien á causa del temporal habian llegado primero allí.

Como á las ocho de la noche, cuando la oscuridad habia ya caido completamente, de tal modo que los objetos no se divisaban ni á dos varas de distancia, entró á la posada con gran ruido un carruaje de cuatro ruedas, trayendo en pos de sí un sinnúmero de caballos sueltos. Un hombre gordo y pequeño, envuelto en una gran capa descendió primero del coche, que para que no se embarraran los pasajeros se habia allegado al corredor, y luego dió la mano para ayudarla á bajarse á una mujer que lo acompañaba. Conducida por él fué á sentarse en uno de esos viejos escaños de madera que se ven en algunas casas de campo y que parecen escapados de algun convento; allí la dejó mientras fué en busca de un cuarto.

—¿Quién es el que administra este establecimiento? preguntó á una súcia maritornes que encontró con unos platos en la mano.

—¿Qué dice? le contestó ella con ese aire de estupidez peculiar de la jente del campo.

—Pregunto que quién es el posadero ó dueño de la posada.

—Empuje la puerta que está á su derecha y allí lo encontrará.

El viajero empujó la puerta que se le indicaba y entró en un cuarto súcio y pequeño, amueblado con la mitad de una estera rota, sillas de paja viejas y quebradas la mayor parte, unas mesas *soidisant* de arriño, de forma y color ambiguo y sobre las cuales se veian santitos de palo enjaulados

en unas especies de reverberos. El posadero D. Tiburcio, hombre alto y flaco, como de cuarenta y cinco á cincuenta años de edad, con un gran sombrero de pita y una manta que le llegaba hasta los talones, estaba sentado tomando mate cerca de una mesita baja, negra de suciedad, sobre la cual ardía en un candelero de barro una vela de sebo de bien flaca contestura.

—¿Es Vd. el posadero? preguntó el recién llegado.

—Servidor de Vd; tome asiento, señor.

—Mil gracias. Desearia que me hiciese dar lo más pronto posible cuarto, fuego y cama.

—Síntese, señor, mientras tanto. Luego D. Tiburcio con voz estentórea gritó: Peta!

—Señor? respondió la maritornes desde afuera.

—Llama á Pedro. . . ¿Tomará Vd. un matcito?

—Gracias, nunca tomo, contestó de mal humor nuestro viajero amostazado ya al ver la calma de D. Tiburcio.

—De Talca viene Vd. probablemente?

—No, de San Fernando.

—Los caminos deben de estar muy malos.

—Infernales!

—Si fué tan fuerte el temporal! . . .

—Me llamaba señor? dijo desde la puerta un muchacho todo contrahecho y feo.

—Un cuarto para el señor.

—Un cuarto? si no hay ninguno! están todos ocupados.

—Todos ocupados?

—Todos! es decir los tres que hay.

JOSÉ ANTONIO DONOSO.

(Continuará.)

CRÓNICA DE LA SEMANA

OJO, LECTORAS

Por considerarlo de interés para nuestras suscriptoras, publicamos en esta seccion el siguiente aviso que hemos recibido estando impresa la carátula, lugar que le corresponde:

Un jóven italiano, que tiene cien mil pesos moneda corriente depositados en el Banco de la Provincia y una casa que vale ochenta mil de la misma moneda, situada en la calle Alsina, desea contraer matrimonio con una señorita cuya edad no pase de 22 años, que sea hija de personas decentes y pueda ofrecer garantía de su virtud y dedicacion al trabajo.

La que se encuentre en estas condiciones y quiera casarse, dirijase á L. C. (Administracion de *El Album del Hogar*) indicando el sitio y hora en que se la pueda encontrar para concertar el enlace.

Se prefiere una que no haya tenido amores.

Hasta aquí el aviso.

El Album del Hogar, por su gran circulacion entre el bello sexo, es el periódico mas conveniente para la publicacion de esta clase de avisos, cuyas ventajas nos hace conocer *La Prensa* en las siguientes líneas:

El lector habrá observado que de poco tiempo á esta parte, tanto en este diario como en otros de la Capital, aparecen avisos por los cuales algun caballero que suscribe, con dos ó mas iniciales, solicita entrar en relaciones con alguna señorita á objeto de contraer matrimonio con ella.

Muchos al leer esos avisos, se habrán reído considerándolos cosa ridicula é irrealizable, mas cuántos en cambio estarán ahora entregados á las dulzuras de la luna de miel, sin reconocer otra causa tal ventura que un aviso de diez líneas publicado en un diario!

Nos expresamos así en conocimiento de hechos consumados y de otros por consumarse próximamente, y cuyos detalles omitimos por razones de discrecion, esplicables en asuntos como los que tratamos.

Baste saberse que varios caballeros que han recurrido á los avisos, (nos referimos á los publicados en *LA PRENSA*), para encontrar una esposa, han visto realizados sus deseos al poco tiempo.

Otros aspirantes á enlazarse con el nudo perdurable, que recurrieron al mismo medio, están en vísperas de un resultado seguro.

No creemos ser indiscretos declarando lo siguiente que viene á corroborar lo que decimos:

Un dia de la semana pasada publicó un aviso en este diario un caballero que deseaba entrar en relaciones con una señorita á fin de casarse con ella.

Indicaba que se le enviasen informes á nuestra administracion.

Al dia siguiente recibia el interesado tres misivas por las cuales se le ofrecian... tres compañeras.

Abrió las misivas en presencia de uno de nuestros empleados y pudo verse que estaban escritas con letra de mujer, y por lo que en ellas se decia podia juzgarse que las

interesadas (que firmaban con iniciales) procedian con toda sinceridad.

No debemos dar mas detalles para llegar á esta conclusion,—que es la que ha motivado estas líneas.

En el estado actual de nuestra sociedad se presenta oscuro y lleno de espinas el porvenir de la mujer pobre y virtuosa: su presente es difícil; el trabajo con que ha de proveer á la subsistencia agobiador é inseguro...

¿Qué extraño será pues, que cualquier niña honesta tienda su mano al que la solicite si quiera sea por medio del aviso de un diario, tomándose las seguridades que la discrecion le aconseja?

Al fin y al cabo es un medio tan espedito y eficaz como el que mas.

Podemos asegurar que de los avisos publicados en *LA PRENSA* ha resultado un matrimonio, cuando menos, y nos consta que los desposados se consideran felices.

LO ANTIGUO DEBE RESPETARSE

Anúnciase la publicacion de un libro histórico, por el Sr. Andrés Lamas, en el que se dilucidará el difícilísimo tópico de si deben ó no demolerse la Pirámide y Recova de la plaza de la Victoria.

Conocidas las opiniones del autor, al respecto, nos ahorraremos la tarea de leerlo.

3 DE FEBRERO 1852

Hoy hace 32 años que el sangriento tirano del Rio de la Plata, Juan M. de Rosas, fué derrocado de su oprobioso trono, por las fuerzas unidas de Argentinos, Orientales y Brasileños, al mando del General Urquiza.

Desde esa fecha data nuestra organizacion nacional y los progresos hechos por la República, que en la actualidad es considerada la primera de Sud-América.

Después del 25 de Mayo, no hay fecha mas memorable en nuestros anales de nacion libre que el 3 de Febrero, tumba de la tiranía.

Dejemos, entre tanto, á Rosas en su sepulcro maldito y prosigamos á la conquista del ideal de los pueblos civilizados: la perfeccion moral y material de la sociedad.

MODAS DE PARIS

El año 1843 cierra la serie de modas con una elegante creacion que dedica exclusivamente á las bellas y grandes recepciones.

No podemos dar mas que una idea muy imperfecta de esta encantadora túnica Watteau de encaje blanco; es de una gracia inimitable, y sus pliegues están dispuestos de una manera tan orijinal que hace imposible la descripcion.

¡Qué manos tan hábiles han debido perfeccionarla, y con qué buen gusto dirigida!

Una señora de la aristocracia la lleva el juéves último á los Italianos, donde verdaderamente llamó la atencion, siendo causa de numerosas distracciones por parte del público femenino, distracciones que han escandalizado á los *dilettanti*. Es un cuadrado con aplicaciones de encaje de Inglaterra, el que sin cortarlo forma una túnica Watteau escotada en punta. En la espalda se fija el pliegue; delante puede escotarse mas ó menos, segun la cruzada que pone á la cintura.

Desde allí, haciendo *paniers* y pliegues en cascadas del mejor efecto, prolongándose hasta la cola. La falda de debajo, de ras color carne, adornada de *plisses*, separado por un volante fruncido, en imitacion.

En estos dias de fiestas continuadas, los niños lucen preciosos vestidos, algunos de los cuales voy á describir. Uno de terciopelo bronce y cachemir tórtola para niña de ocho años.

Falda de terciopelo *plissé*, cuerpo-blusa sujeto á la cintura por un broche oxidado; pechera de terciopelo terminando en pliegues, bolsillos de terciopelo con dos hilera de botones de metal.

En la manga, adorno de terciopelo tambien. Gran cuello de encaje y sombrero de fieltro bronce con un tórtola.

Traje de terciopelo labrado mirto y lana á cuadrillos gris y mirto, para niña de doce años.

Un ancho *plissé* y dos grandes bullones adornan la falda, la pechera en grandes pliegues está completamente separada por el cuerpo, cerrándose con un broche en el cuello. Lazos de terciopelo á un lado y adorno de terciopelo tambien en la manga. Sombrero de fieltro mirto con plumas y un nudo sobre el borde levantado, bridas de cinta estrecha anudadas á un lado.

Traje de terciopelo blanco labrado, y surah para niña de tres años. De surah brochado, fruncido en la cintura y el cuello, con dos volantes en surah pegados en *plissé* de raso. Casaca de terciopelo labrado; el delantero adornado de tiras sujetas con botones.

SUMARIO

El Album del Hogar lleva hoy los siguientes materiales:

Necrología.—Grandeza y mision del arte, por Carlos Blanc.—Mimí, poesia, por Martin Garcia Merou.—Partida de caza, por Rafael Calzada.—Cuentos alegres, por Cástulo Mendez.—Un amor transitorio, por José Antonio Donoso.—Crónica de la semana.

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

APARECE LOS DOMINGOS

REDACTOR: G. MUÑOZ Y PEREZ

ADMINISTRACION: URUGUAY 592

EL ALBUM DEL HOGAR

BUENOS AIRES, FEBRERO 10 DE 1884

VIAJE AL PAIS DEL MATRIMONIO

I

FUEGO Y ESTOPA

Pues señor, una noche, hace ya bastantes trimestres, me dormí acariciando en mi mente la idea del matrimonio. ¡Como ustedes lo oyen!

Mi corazón era libre como la golondrina que cruza el espacio azul y por lo tanto (1) podía casarme cuando quisiera.

Y embebido en tan dulces reflexiones vino el sueño y cerré mis párpados con sus dedos de plomo.

Yo no me apercibí de ello y empecé á soñar creyendo estar despierto.

—Larga y penosa es la senda de la vida, decía para mí echándomelas de filósofo, y es necesario buscar una compañera amable y virtuosa para hacer el viaje juntos, pues, de lo contrario, el hombre se uburre soberanamente y llega jadeante y abatido al término de la jornada.

De pronto oí rumor de pasos y una vozcita que decía:

—¡Fermín!...

Levanté la cabeza sorprendido y ví á mi lado una joven lindísima que me miraba sonriendo. Fijéme en la deliciosa y atrevida curva de su seno, y una llamurada de amor subió de mi corazón á los ojos.

—¿Quién eres tú? exclamé con ansiedad y cogiendo una de sus manos que abandonó entre las mías.

—¿Qué te importa? contestó haciendo un delicioso mohín con los labios.

—Es que...

—Acabe usted, caballero.

—Pues bien, mujer ó fantasma, realidad ó quimera, ángel... ó demonio, mi corazón es tuyo. Voy á entregarte las llaves...

(1) Señores cajistas, cuidado con poner tanto donde dice tanto.

—¡Jesús! ¿tan combustible es tu alma, que ha bastado una chispa de mis ojos para incendiarla?

—Sí, es de estopa.

—Todos sois lo mismo.

Y volvió á sonreír.

Y al sonreír dejó entrever dos hileras de menudas perlas engarzadas en rojo coral.

—¡Eal! ámame un poco, que Dios te lo pagará, exclamé con acento suplicante, al mismo tiempo que trataba de estampar un beso en su boca pequeña y perfunada.

—¡Caballero! gritó una vez agria; mi hija es honrada y deseo saber cuáles son sus intenciones...

Un rayo que me hubiese abierto de arriba abajo, no me habría consternado tanto como aquellas intempestivas palabras pronunciadas por una señora que apareció tras de mi hechicera beldad.

Sin embargo, hice de tripas corazón, y contesté:

—Amo como un insensato á su hija, y, ó corresponde á mi amoroso afán, ó pongo término á mi existencia. Estoy dispuesto á todo para alcanzar su amor.

—¿A todo?

—¡A todo!

—¿No retrocederá usted ante ningún sacrificio?

—Póngame usted á prueba. Capaz soy de hacer cualquier cosa por su amor: de emprender un viaje al país de los antípodas, de comer estopa encendida, de hacer una ascension en globo, de tragarme un sable por la punta, de colgarme de un alcornoque... en fin, respetable señora, pídamle usted la vida, y...

—Pues bien... cátese usted.

—¡Demonio! ¿tanto como eso!...

—Entonces olvide usted á mi hija.

II

¡ME CASO!

El amor habia clavado su envenenado aguijón en mi pecho y me hubiera sido imposible olvidar á aquella mujer de mirada fascinadora

Cerré los ojos, tragué saliva y estremeciéndome de pies á cabeza, murmuré con desaliento:

—Pues bien, me caso.

La niña me envió una mirada que encendió la sangre en mis venas; despues apoyó su mórbido brazo en mi hombro, reclinó la cabeza sobre su mano y un suspiro, que pegó fuego á mi alma, agitó sus labios rojos y húmedos como la flor del granado bañado de rocío.

Me sentí electrizado.

Habia tanta fascinacion en sus ojos, tan dulce atraccion en su mirada, que me sentí sin voluntad propia, y en pos de su amor hubiera ido, no digo á los mismísimos infiernos, sino hasta la sastrería de la esquina (á cuyo dueño debo unos reales de ya no recuerdo qué.)

III

LA FRUTA DE EVA

—Vamos, niños, dijo la mamá; basta de arrullos y echen ustedes á andar.

—¿Adónde quiere usted ir, señora? pregunté sorprendido.

—¡Donosa pregunta! ¡Al país del matrimonio, donde deben establecerse ustedes!

—Pero... yo no sé si me probará aquel clima; aquí estamos bien... ¿verdad, niña?

—¿Cómo se entiende, caballero! nosotras somos señoras, verdaderas señoras, no señoras de contrabando, y sólo damos nuestro amor al que nos conduce á aquel país.

—Es que el viaje cuesta caro.

—Pues no hay otro medio.

—Viajaremos, al menos, de segunda...

—¿Y por qué de segunda?

—Porque no hay de tercera clase.

—¡Eso más!

Iba á mandar á paseo á la vieja, á fé de Fermín Carrasco, (que tales son mi nombre y apellido, para lo que ustedes gusten mandar); pero la niña suspiró nuevamente y ví brillar una lágrima en sus ojos; es decir, dos lágrimas, y como mi corazón es tan sensible, aunque mal me esté el decirlo, me sentí bastante conmovido, y eché á andar momentáneamente cogido de su brazo á cuyo

contacto estremecíase mi sér entero, y piano pian nos fuimos internando por una florida senda donde gorjeaban mil pintados pajarillos en las frondosas copas de los árboles.

El ambiente era puro, suave, embalsamado. Ni una nubecilla manchaba el diáfano azul de los cielos. ¡Ah! ¡qué paisaje tan bonito!

—¿Me amas mucho? murmuraba de vez en cuando al oír de mi bella compañera

—Sí, Fermin, con toda mi alma, contestaba ella poniéndose encarnada como una amapola.

—Verá usted, verá usted, decía la vieja que iba detrás de nosotros; yo hace veinte años que vivo en el país del matrimonio, y puedo asegurar á usted que soy completamente feliz. Allí no hay guerras y se disfruta de una paz octaviana. Parece una provincia del cielo...

—Habrá muchos... mártires.

—¿Quiere usted callar?—Hay quien teme hacer este viaje, porque algunos mal intencionados han propagado la absurda especie de que la vida es allí cara. ¡Nada de eso! El hombre se hace económico, y el dinero parece multiplicarse en las manos de su mujer como en las de un prestidigitador, y aún cubiertas todas sus necesidades, les queda todavía para echar una cana al aire.

—Señora, esto último me es indiferente.

—¡Hombre! ¿no le gusta echar una cana al aire?

—No, señora, porque no tengo canas.

—¡Qué gracioso! Pues como íbamos diciendo, en el país del matrimonio se vive con muy poco y todo son satisfacciones y placeres. El hombre no anda roto, ni descosido, ni le faltan botones á la camisa, ni lleva los calcetines desgarrados, sino que, por el contrario, va siempre tan limpio y aseado que dá gloria verle. De noche, cuando sale de la oficina, abrumado por el exceso de trabajo, rendido por el cansancio, encuentra una esposa dulce y afable que le estrecha entre sus brazos y con sus tiernas caricias le hace olvidar las rudas faenas del día, embelleciendo con su amor las horas de su existencia. ¡Pues! ¿y cuando muere? ¡ah! cuando muere...

—Señora, no hablemos de eso.

IV

ME CAYÓ LA LOTERÍA

—Jóven, usted no sabe la suerte que ha tenido, añadió la astuta vieja.

—¡Cómo! ¿me ha tocado la lotería?

—No, pero se casa usted...

—Pues es lo mismo que si me hubiera tocado.

—Como mi hija no encontrará usted otra en el mundo. Es mi vivo retrato.

—Me quedo con la copia.

—Los bailes no le gustan, ni es aficionada al lujo, ni tiene primos, ni amigas, ni toca el piano... de afición, ni llora, ni le agradan los perros, ni es coqueta...

—Etcétera, etc.

—Dios le ha deparado en ella á la mejor de las esposas.

—Doy infinitas gracias á Dios.

—Usted será muy dichoso, pero mucho.

—Pts! así lo espero.

V

CALLE DEL AMOR, 14, PRINCIPAL

Nuestro viaje duró muchos días.

Y en carruajes, y en refrescos, y en comidas y regalitos á la niña, y á la mamá, y á la abuela, y al demonio que se los lleve á todos, gasté un dineral.

Y por fin llegamos al país del matrimonio, y nos establecimos en una ciudad muy bonita, llamada *Ciudad de las Ilusiones*, calle del Amor, número 14, piso principal.

Mi alma reventaba de gozo y mil veces temí morir de una indigestión de felicidad.

El tiempo volaba, porque los placeres son las alas del tiempo.

Mi mujer dábame mil pruebas de acendrado cariño, y me mimaba mucho, ¡mucho! y nunca contrariaba mis deseos, que eran también los suyos, según decía.

Pero pasaron días y días... y una mañana ¡ay! nos mudamos á la calle del *Desengaño*.

La venda cayó de mis ojos y ¡horror!

La que no gustaba de los bailes, quería ir á todos y bailaba hasta en la punta de una lanza; la que no era aficionada al lujo, me arruinaaba con sus trapos y moños y demás perendengues; la que no tenía primos, era prima de todos los buenos mozos, resultando de ese extraño parentesco que el verdadero primo era yo; la que no tocaba el piano... de afición, lo convertía en instrumento de martirio...

Y así por el estilo. Conque, ¡calculen ustedes!

VI

FUEGO GRANEADO

Mi suegra apoyaba siempre las ridículas pretensiones de su amable hija, y en cuanto me permitía levantar un poco la voz, se armaba el gran escándalo del siglo.

—¿Dónde están las delicias de este nuevo paraíso, que usted me enumeró con tanto entusiasmo?

—Caballero, si es usted desgraciado, no tenemos nosotras la culpa.

—Pues la tendrá seguramente el boticario de la esquina.

—¡Usted nos falta!

—¡Y ustedes me sobran!

—Jamás nos lleva usted á echar una cana al aire.

—Ya le dije á usted, señora, que eso de echar canas al aire me era de todo punto indiferente, porque no tengo canas.

—No sea usted imbécil.

—Cuando era soltero, me llamó usted gracioso.

—¡Pues ahí verá usted! ¡Quite usted hombre! ¡si no tiene usted cariño ni á la camisa que lleva puesta!

—Eñ la que, por mas señas, faltan siete botones.

—Nosotras no somos costureras, ni mi hija se casó para pegarle á usted los botones.

—No, ya lo veo.

—¿Crée usted que somos esclavas tuyas? ¡habrá infame!

—¿Vuelven á llover insultos?

—Abra usted, como de costumbre, el paraguas... de la filosofía.

—¡Ea! ¡queden ustedes... con el diablo!

VII

DE REGRESO

Salí á la calle echando chispas y encontré á un compañero... mártir.

Referile con lacrimoso acento mis desventuras, y me contestó:

—¡Ay, Fermin! Tu historia es la de muchos desgraciados que habitan en este país. La mujer, siendo soltera, pinta con los mas brillantes colores la felicidad que aquí se disfruta, ó que debiera disfrutarse, pero despues se olvida de justificar sus elogios por medio de sus acciones. Por eso antes de emprender tan peligroso viaje, hay que meditarlo mucho en un sitio fresco, porque de aquí no se sale mas que para ir al cementerio. Es verdad que muchos se quedan viudos, y por lo regular ya no vuelven por acá, prueba que...

No of mas, porque en aquel punto desperté.

Y á fé mia que no sentí haber hecho en sueños un viaje al país del matrimonio.

Esto me hizo reflexionar mucho. ¿Me servirá de lección? Creo que sí; al menos hasta que tropiece... con una que me guste.

CASIMIRO PRIETO.

LOS FRUTOS DE LA PAZ

(Composicion que obtuvo el premio de honor en los Juegos Florales del Uruguay)

No la sublime inspiracion grandiosa que inmortaliza el nombre de Tirteo, ni el fuego sacrosanto de la diosa que cantó con Homero, belicosa, la epopeya de Aquiles de Peleo.

Para pulsar de mi empolvada lira las dulces cuerdas, y que brille ardiente, el casto númen que mi génio inspira, es negro el esplendor de la corona que régia ostenta en su ceñuda frente la trágica figura de Belona.

Basta que agena á mundanal querella luzca en mis sienas de modesta oliva verde guirnalda, y que la imágen bella de la inocente Paz, que el orbe aclama, con los encantos de su limpia veste me dé los écos de su voz celeste que á la concordia universal nos llama.

¡Duro destino el de los hombres! Hechos á semejanza de su Autor, é iguales, en el goce inmortal de sus derechos: dotados de sublime inteligencia y de rica y potente fantasía, para ver á la luz de su conciencia esa doble lazada de armonía, que, uniéndolos á todos en su anhelo, hace que sus pesares se pierdan, como aromas, en el cielo; nacidos para ser en grata calma señores de natura, y conquistar la palma que en mano de los ángeles fulgura; no quisieron, ¡ay, tristes! que su paso por este valle de dolor, hiciera cual sol en el zenit, sino que fuera volcan de soles en perpétuo ocaso. Y convirtiendo el cáliz que encerraba aromas de un amor, de encantos lleno, en cenagosa Estigia que brotaba raudales de mortífero veneno, lograron demostrar que el ser creado al conjuro del Dios de lo infinito, no era reflejo del amor sagrado, sinó fruto sellado con el estigma del primer delito.

Nació la Guerra: de su carro ardiente rechinaron las ruedas pavorosas, aire de tempestad rugió en su frente, y de sus manes estalló inclemente el látigo de sierpes rencorosas. Como Luzbel contra su Dios un dia, y cual sañoso Encélado que activo á las iras de Jove desafia, así de sus furores vengativo el estandarte desplegó: humilladas, á su soberbia loca rindieron la cerviz, esclavizadas, las mas fuertes naciones de la Europa. Y harta de sangre la terrible hiena, teniendo por escena de todas sus amargas aventuras, campos de soledad, tristes llanuras, que el gran silencio de la noche llena, hundió la vista en el espacio y dijo: — ¡Heraldos de mi gloria! émulos y rivales de Alcioneo, que asombro y luto de la humana historia, colgasteis á mi altar como trofeo el sol de la victoria:

Alejandro feliz, César Augusto, Atilas y colosos de mi fama: y tú, Napoleon, egregia rama del tronco de los héroes robusto que voz de reyes como á rey aclama: rumped la dura losa que cubre vuestros huesos: la gran Diosa de la conquista universal os llama. Venid, armados de feroz encono á ser con manto y cetros imperiales, columnas inmortales del magnífico trono en que reina invencible me coronó. Así la Furia habló: despues el mundo amedrentado vió que del profundo, ancho y sangriento pedestal se alzaba sobre vasta necrópolis desierta: pero tan negro en su esplendor lucia que mas que régio trono, parecia el triste catafalco de una muerta.

En tal momento, y como surge bella sobre espinas la flor; cual resplandece entre vellon de nubes blanca estrella que á los ojos humanos se aparece, surgió de tanta ruina con fulgor nunca visto, del Gólgota la cruz pura y divina con la anunciada redencion del Cristo. De sus abiertos brazos se levantan por cólicas arpas arrullados, dulces coros de ángeles alados que el himno de la Paz eterna cantan. «La gloria de la guerra es flor de un dia, dicen en su magnífico concierto:

la gloria de la Paz, que el cielo envia, eterna, cual del orbe la armonía, vivirá con la sangre del Dios muerto. «Fuego de esclavitud que el bien devora, es la guerra infernal con los dolores que esclava el alma en sus miserias llora; la cruz es el amor de los amores, es de la libertad eterna aurora. «La guerra es mónstruo que en su seno lleva ronco grito de canto funerario; la paz es nota celestial que eleva el *Hossana* de vida del Calvario.

«Por ella brotarán resplandecientes, rota del vicio la servil coyunda, coronas de virtudes inocentes: por ella reinará para las gentes, vírgen sin mancha, la quietud fecunda. Por ella el hombre, triste peregrino en el mundo del mal, que apenas huella, alfombrará de rosas su camino, y tan sólo por ella la meta alcanzará de su destino. De la paz al calor, y acariciado por dulce esposa que su mal mitiga, será feliz el labrador honrado; y como orgullo de su hacienda y gala, como rico presente á su fatiga, verá el rebaño que en apriscos bala, y á Ceres que sencilla le regala de rubios granos la dorada espiga. Por su influjo y poder el sentimiento encontrará raudales de ternura, surgirá el Leviatan del pensamiento, y como antorcha de los cielos pura brillará, tremolando su estandarte, la única gloria sin baldou: el Arte. A su arrullo de tórtola que encanta tendrá la humanidad rico tesoro, y como bien que su pesar quebranta verá que brota nuevo y se levanta de las musas helénicas el coro. Por ella el génio con su fama pura del alto Pindo subirá á la cima, y robando secretos á natura nos dará la verdad en la pintura ó en la piedra de mármol que se anima. Cíclope del trabajo, de su saña jamás el hombre, que la paz adora, con ira vengadora el hierro sacará de la montaña en la profunda vena, para forjar, en mengua de su nombre, durísima cadena con que llevar la esclavitud al hombre. Arrancará metales ignorados del monte en lo profundo, pero será para fundir soldados que den perpétua libertad al mundo.

Del gran taller en que su géneo mora
saldrá con noble magestad de reina
la gallarda y veloz locomotora,
cuya madeja de cabellos peina
el vago viento que arrulló á la aurora:
saldrá el vapor que de la mar bravía
rompe las olas y sereno avanza,
despreciando en su noble valentía,
los que Neptuno domeñado lanza
rugidos de dolor y de agonía:
y saldrán, de su amor en el exceso,
todos los frutos del Eden, perdidos,
frutos de bien y de verdad ungidos
por el óleo sagrado del progreso.
El pueblo rey, de su ambicion curado,
buscará como lecho de ventura
el de santos amores perfumado,
jamás el que le brinda deshonorado
la libertad de la vacante impura:
y obrero del trabajo y de la vida
que nacen de pacíficos amores,
llegará sin tormentas ni dolores
al cielo de la tierra prometida.»

J. J. GARCIA VELLOSO

ASTRONOMÍA

I

LOS PEQUEÑOS PLANETAS NUEVOS; SU NÚMERO PROBABLE EN EL ANILLO PLANETARIO QUE CIRCULA ENTRE MARTE Y JÚPITER; CONDICIONES DEL ORIGEN Y DE LA FORMACION DEL ANILLO.

El éxito de los descubrimientos de pequeños planetas no se detiene. En el año que acaba de transcurrir, doce de estos astros minúsculos han venido á engrosar la lista de los individuos que circulan en grupo entre Marte y Júpiter, y á aumentar al mismo tiempo el trabajo ya considerable de los que se dedican á calcular sus órbitas y sus efemérides. El número de planetas telescópicos se elevaba ahora cinco años, al principio de 1874, á 134; hoy es de 198, y todo hace presumir que al fin del año alcanzará, si no la pasa, á la cifra de la segunda centena (1).

¿Hasta cuando se harán tales descubrimientos, cuál es el número probable de estos asteroides, y sobre todo, de qué interés son ellos bajo el punto de vista de los progresos de la astronomía planetaria? Si no se mira la primera de estas cuestiones mas que con relacion al hecho, es decir, á los medios de investigacion, puede observarse que si cada año el número de los pequeños

planetas nuevamente estudiados no decrece, y mas bien parece que tiende á aumentarse, es no solamente por razon del interés, de la asiduidad y la habilidad de los descubridores, sino tambien á causa del adelanto de los medios que emplean para llegar á su objeto, que es el perfeccionamiento de las cartas eclípticas.

Se sabe cual es el método adoptado para reconocer y estudiar estos astros: este método consiste en observar minuciosamente las regiones celestes vecinas á la eclíptica. Como un planeta encuentra necesariamente este plano dos veces en cada revolucion, en las inmediaciones de los puntos que se llaman sus nudos, y además la inclinacion de los planos de la órbita de los pequeños planetas es amenudo considerable, hay interés evidentemente en reducir la estension de las regiones celestes donde son esperados al pasar.

Es comparando cartas detalladas de la zona eclíptica, que comprendan por ejemplo todas las estrellas de la primera á la décimatercera magnitud, en el campo del telescopio que recorre esta zona, como el observador llega á señalar el movimiento propio de una estrella, su cambio de lugar ó su desaparicion. Desde que un hecho de este género está constatado por él, se encuentra en vias de descubrir un planeta.

Es en efecto un planeta nuevo, si no se trata de uno de los ya conocidos, lo que es fácil resolver consultando las efemérides calculadas.

Es necesario, pues, para entregarse á esta investigacion laboriosa, poseer muy buenas cartas de las regiones que se observan. Al construir ó completar estas cartas es generalmente cuando se hacen los descubrimientos. Para no citar sino dos ejemplos que interesan á la astronomía francesa, es así como han procedido tres observadores que se han distinguido en este género de trabajos: J. Chacornac, á quien se deben ocho planetas nuevos, habia empezado la publicacion de un atlas eclíptico, donde estaban catalogadas las estrellas hasta la décimatercera magnitud; y los dos hermanos Paul y Prosper Henry se encuentran, si no nos equivocamos, en su décimotercero pequeño planeta, desde que emprendieron valientemente continuar, bajo un nuevo sistema mas espedito, la obra iniciada por Chacornac en el observatorio de Marsella, y despues en el observatorio de Paris.

¿Pero hasta cuando se encontrarán planetas nuevos? Es evidente que el número de estos pequeños astros es limitado.

Si suponemos sin embargo que se haya agotado el examen de todos los que pueden encontrarse con las cartas eclípticas actuales, faltaria todavia descender en el orden de las magnitudes, desde que es probable que existan otros mas pequeños que los que se distinguen con telescopios bastante poderosos para dejarlos ver como puntos luminosos de la décimatercera magnitud. Con cartas eclípticas nuevas é instrumentos de mas poder, estos planetas mas pequeños podrán ser observados.

Aparte de estas probabilidades deducidas de los perfeccionamientos futuros en los medios de observacion, hay otras que hacen pensar que los descubridores se encuentran lejos del término de sus trabajos. Es la teoría la que revela estas probabilidades de otro orden.

En sus investigaciones acerca de las teorías sobre los planetas medianos, Le Verrier ha podido determinar el límite probable de las masas de los planetas telescópicos, y reconocer que el conjunto de los asteroides que circulan en la zona comprendida entre Marte y Júpiter, no forma una masa superior al tercio de la masa de la Tierra. Esto sentado, hé aquí el razonamiento que permite formarse una idea aproximada de su número.

Es cierto que la densidad de la materia que forma los planetas telescópicos es desconocida, pero se sabe que los planetas mas cercanos al Sol—Mercurio, Vénus, la Tierra y Marte—son los que tienen mayor densidad; los cuatro grandes planetas mas alejados del Sol que se conocen—Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno—no tienen mas que un cuarto de la densidad de la Tierra; Es pues muy probable que la densidad de los planetas telescópicos no sobrepase esta última. Supongámosla precisamente igual. Segun las observaciones debidas á Seidel y Argelander sobre las dimensiones aparentes y reales de los planetas telescópicos, se puede avaluar el volumen reunido de los cincuenta mas grandes como la 200^a parte del volumen de la Luna, ó sea cerca de la 10,000^a parte del volumen de la Tierra con igual densidad, estos cincuenta pequeños planetas no tienen pues una masa superior á la 10,000^a parte de la masa terrestre, y con mayor razon puede considerarse que los doscientos pequeños planetas conocidos hoy no tienen una masa superior á la 2,500^a de la masa de la Tierra. Pudiendo la masa total del anillo elevarse hasta el tercio de esta, es la diferencia en-

(1) Paul Bert escribia en 1879. El 15 de Octubre de ese año Mr. Peters descubria el 206^o asteroide.

tre ambas fracciones la que marcaría el límite de la masa desconocida, y por consiguiente el de su número. Puede, pues, concluirse de aquí que el número de pequeños planetas desconocidos se eleva á lo mas á ochocientas veces el número de los descubiertos hasta hoy, es decir, á 160,000. Aún reduciendo mucho esta cifra, se vé que hay indudablemente algunas decenas de miles de estos asteroides circulando entre los dos grupos de grandes y medianos planetas.

Las investigaciones á que acabamos de hacer alusion mas arriba sobre las dimensiones de los pequeños planetas, no asignan á algunos de ellos sino proporciones insignificantes, algunas leguas á lo mas. Así, su superficie apenas sobrepasaria la de uno de nuestros mas pequeños departamentos; y Mr. Lespialt, en el estudio que les consagraba hace una veintena de años, decia con razon «que un buen andador daría la vuelta á uno de estos astros microscópicos en una sola jornada.»

Es poco probable que se llegue jamás á poseer nociones positivas de algun interés sobre la constitucion física de estos planetas en miniatura, y es solamente constatando las variaciones de brillo de algunos de ellos que un astrónomo contemporáneo (á quien se deben unos quince), Mr. Goldschmidt, habia podido presumir la irregularidad de su forma. Puede ser que por el mismo procedimiento se lleguen á reconocer un dia los movimientos de rotacion de algunos de entre ellos, y su duracion.

Pero si considerados individualmente los pequeños planetas no ofrecen sino un mediocre interés á los astrónomos, no sucede lo mismo tomándolos en conjunto. Citando mas arriba los cálculos de Le Verrier sobre la masa máxima de este anillo de asteroides, hemos señalado con esto mismo cual sea este interés en las investigaciones de mecánica celeste.

Pero, en otro orden de ideas, la existencia de esta aglomeracion de pequeños cuerpos celestes reunidos en una zona relativamente estrecha, es una particularidad notable de la constitucion del mundo solar todo entero. Remontándose al origen del sistema, y admitiendo la hipótesis de Laplace sobre la formacion de los planetas, desprendidos de la nebulosa solar primitiva por la condensacion y el enfriamiento, es llevado uno á preguntarse qué condiciones particulares han impedido aquí á la zona comprendida entre Júpiter y Marte transformarse en un solo planeta. Es un problema que ha sido

abordado recientemente por uno de nuestros sábios geómetras, Mr. E. Roche, en una memoria de que hemos tenido ya ocasion de citar algunos fragmentos. (1)

Investigando las condiciones de existencia y de permanencia de un planeta en el estado fluido y bajo la forma de un elipsoide, M. Roche encuentra que estas condiciones dependen de una funcion de la masa alterante (que es la del Sol), de la distancia de la nebulosidad planetaria al centro del sistema y de la densidad del fluido que la constituye. El valor numérico de esta funcion debe ser inferior á un cierto límite para que la nebulosidad planetaria formada por condensacion conserve su forma elipsoidal. Mas allá el equilibrio deja de existir y la masa se dispersa en fragmentos múltiples.

PAUL BERT.

(Continuará).

LAS CREENCIAS

I
Las creencias discutir queriendo un rey, llama gente, de ocaso, sur, norte, oriente, tanto que puedo decir que está allí el mundo presente.

II

BELLEZA

El rey su noble cabeza cortés inclina hácia el suelo, abre la sesion y empieza:
—«Se discute la *Belleza*, raro presente del cielo.»

—«Es lo negro la hermosura,» dice uno de negra tez.
Otro blanco:—«Es la blancura;»
—«Lo azul»—un indio murmura;
Y un chino:—«es la amarillez.»—

—«Sí tal,»—clama uno—«No tal,» gritan otros replicando.
Dice un griego:—«es lo ideal,»
Un francés:—«la gracia andando,»
Un inglés:—«lo original.»—

Queda el rey meditabundo: siguen los demás sus huellas:

(1) Essai sur la constitution et l'origine du système solaire.

y piensa:—«en creer me fundo que si hay en él cosas bellas, no hay tipo bello en el mundo.»

— Pausa. A tan locos extremos calla el concurso. Y despues dice un sábio:—«segun vemos: la belleza no es lo que es, si no que es lo que queremos.»

Fijada así la cuestion, pregunta otro sábio:—«¿que es la belleza en conclusion, si lo feo en un lapon es lo bello de un inglés?»

Nadie á esto respuesta dá. El gran rey calla y suspira, y dice:—«acabemos ya, la belleza solo está en los ojos de quien mira.»—

III

GLORIA

Nueva espectacion. Despues prosigue el rey:—«discutamos si nuestra *Gloria* solo es el Gólgotha en que dejamos los primeros treinta y tres.»

—«De Bruto es la indignacion.»
—«Es de César la grandeza.»
—«La vanidad en accion.»
—«Toda la humana simpleza fundida en una ilusion.»

—«Placer de lo extraordinario.»
—«Humo que despide luz.»
—«Luz que despide un hosario.»
—«Dicha de llevar la cruz á la cumbre de un calvario.»

—«Gloria! grandeza pequeña.»
—«Dolor que canta una trompa.»
—«Verdad de todo el que sueña.»
—«Bazar en que el hombre enseña de su miseria la pompa.»

—«Espacio que un aire llena.»
—«Abrir tumbas con la espada.»
—«Morir viviendo en escena.»
—«Es un néctar que envenena.»
—«Es darlo todo por nada.»

No viendo sino locura en duda tan espantosa, con la mas honda amargura,

—«La gloria!» el gran rey murmura,
«poca cosa, poca cosa!»—

IV

JUSTICIA

—«¿Qué es justicia y dónde se halla?»
dice el rey: á nombre tal
se alzan grandes y canalla,
gritando unos:—«la metralla!»
diciendo otros:—«el puñal!»

—«La justicia es el humor.»
—«Lo justo es la autoridad.»
Los grandes:—«Es la bondad.»
Los reyes:—«Es el rigor.»
El pueblo:—«Es la libertad.»

—«Es» dicen los escogidos,
«que al bueno el que es malo tema.»
Y esclaman los oprimidos:
—«La justicia es este lema:
¡DESDECHADOS LOS VENCIDOS!»

A tan discorde rumor
dice alto el rey:—«¡basta ya!»
y en voz baja:—«pues, señor,
todo espectáculo está
dentro del espectador.»—

V

VIRTUD

Sigue el Rey con emoci6n,
pero con noble actitud:
—«¿La virtud es ilusion?»
¿Es prueba una buena accion
de que hay tipo de virtud?»

Y un sábio hay virtud cumplida,
responde: «¡hay quien se atreva
á obrar siempre como deba.
¿Mas puede haber en la vida
juicio que esté á toda prueba?»

De este sábio á la opinion
se adhiere otro sábio más:
—«¿qué es virtud en conclusion,
si hay puntos donde jamás
resiste nuestra razon?»

—«La virtud,» dice un pagano,
«es el placer que vá unido
al bello ideal humano.»
—«La virtud,» dice un cristiano,
«es el deseo vencido.»

Y esclama la juventud:
—«La virtud no es la fortuna.»

á lo cual la multitud
dice:—«mas, sin duda alguna,
la fortuna es la virtud.»

Y un hombre que irracional
toma por ciencia el desden,
dice:—«regla general:
duda, cuando te hablen bien,
créelo cuando te hablen mal.»

—«Es tristeza.»—«Es el contento.»
—«Es sufrir.»—«Es la salud.»
Y un epicúreo opulento
prorumpo:—«virtud! virtud!
cuestion de temperamento.»

A este axioma el rey—«no hay tal,
á replicar se apresura,
«la virtud es inmortal;
si el mundo es un cenagal,
buscadla siempre en la altura.»—

VI

RELIGION

Una tras otra ilusion
mirando desvanecidas,—
«veamos la Religion,»
dijo el gran rey, ya caidas
las álas del corazon.

Uno:—«es fé.»—Y otro: «es conciencia.»
—«Es lo eterno.»—«Es el no sér.»
«Es fuerza.»—«Es benevolencia.»
—«Es de Confucio la ciencia.»
—«Es de Mahoma el placer.»

—«Silencio!» el gran rey profiere,
la religion viendo hollada,
«creer sólo en lo que agrada,
es todo lo que se quiere,
y lo que es todo no es nada.»

«¡Inútilmente traidora
dardos la impiedad te lanza,
Religion, que el mundo adora,
fuente de nuestra esperanza,
de esta virtud que no llora!»

«Nunca el alma racional
podrá creer que eres un sueño,
bálsamo de todo mal,
luz á través de la cual
todo en el mundo es pequeño!»—

VII

Calló; y á una cortesía
que hizo al pueblo el rey de pié,

todo el concurso aquel día,
creyendo lo que creia,
por donde vino se fué.

RAMON DE CAMPOAMOR.

LA PIEL DE.....

El empleo del cuero para la fabricación de objetos de uso comun aumenta de una manera tan extraordinaria, que no basta el comercio para surtir á las fábricas de este elemento principal. Los industriales han echado mano de las pieles más extrañas y á fuerza de perfeccionar los procedimientos han logrado convertir las más groseras en materia finísima que luego se trasforma en esos mil objetos curiosos, en esos muebles ricos y elegantes que llenan los aposentos de las casas bien alhajadas.

Aún así es cosa de preguntarse si el comercio de pieles puede bastar á las necesidades de la fabricacion y del consumo, por mas que la industria posea hoy recursos que no poseía antes y que sean pocos los animales cuya piel no se utilice.

Los americanos que en materia de industria y en otras muchas van muy adelantados á los europeos, han hallado el medio de suplir la escasez de pieles, aunque guardando cuidadosamente el secreto con desesperacion de los fabricantes europeos cuya curiosidad por descubrirlo era vivísima, pues iba en ello su interés.

A fuerza de estudiar los objetos procedentes de América han descubierto que allí emplean la piel de un animal que debe pertenecer á una especie abundantísima, pues abundantísimo es el producto fabricado y que reúne condiciones superiores bajo todos los aspectos á las demás pieles.

¿Cuál es ese animal?

Un periódico americano ha venido á divulgar el secreto alarmante de un proceso de carácter local.

El gobernador del Estado de Massachusetts, mister Builer, mandó instruir sumario sobre ciertos hechos ocurridos en una casa de refugio para los pobres, que lleva el nombre de *Asilo de Terrksourg*, y de él ha resultado lo que nadie esperaba, el descubrimiento de novedades muy extrañas.

Interrogados algunos testigos sobre ciertos abusos que se cometían en el establecimiento, ha resultado que los cadáveres de los infelices que en él fallecian eran desollados y vendidos sus pieles á un fabricante de cueros que las preparaba y adobaba,

empleándolas en la confeccion de objetos de piel de lujo.

Inmediatamente hizo reconocer la fábrica denunciada y se encontró gran cantidad de pieles humanas que secuestró proponiéndose darles cristiana sepultura, pero el fabricante no entiende así las cosas, y ha demandado al gobernador para que le restituya unas pieles que dice ser de su exclusiva propiedad.

El asunto ha causado gran sensacion en la sociedad americana; si ésta, poco asustadiza de suyo, se ha alarmado de tal suerte, calcúlese el efecto que semejante descubrimiento habrá causado en la filantrópica Inglaterra.

Verdaderamente el caso no es para menos. ¿Quién podrá asegurar que esos preciosos objetos forrados de fina y olorosa piel de que tanto usan las señoras, esas carteras, tarjeteros, porta-monedas, libros de devocion y lectura, esos muebles preciosos tan propios del gabinete de una dama distinguida, no están fabricados con piel humana? ¿Cuántas personas de esas á quienes domina un espíritu de curiosidad y de duda, no apartarán sus ojos de una mano femenil á la que admiraban momentos antes al ver que, sus afilados dedos se introducen en una elegante cartera ó un lindo porta-monedas? ¿De quién será la piel? ¿Será de mujer, será de hombre, será de un criminal ó de un hombre de bien, será quizás de algun pariente?

Ante estas dudas y estos pensamientos no habrá valiente que no huya de la mujer más codiciada, de la mas hermosa y espiritual, si el objeto que tiene en sus manos ó el mueble que oprime con su cuerpo no ostenta la auténtica, bien probada, de que el muerto no era un semejante.

UN AMOR TRANSITORIO

(Continuacion)

—Frescos estamos! dijo levantándose impaciente nuestro viajero. Y á dónde vamos á pasar la noche ahora? Por mí nada fuera, que yo en cualquiera parte estoy bien; pero las mujeres se dicen tan delicadas, que es necesario procurarlas comodidades.

—Viene Vd. acompañado?

—Desgraciadamente!... Maldito viaje! murmuró dando paseos por el cuarto; luego parándose de repente delante del posadero:

—Pero no tiene Vd. alguna pieza, le dijo, que facilitarnos por esta noche, de las que no estén destinadas al uso de los pasajeros?

—Ninguna, señor; solo que se resigne á tomar esta.

En este momento, Luis, que habia salido de su cuarto llevado por la curiosidad de ver á los pasajeros recién llegados, entró al cuarto de D. Tiburcio con el pretexto de pedir un brasero con fuego.

—No sé si habrá en la cocina; voy á informarme, respondió el posadero.

—Cómo! exclamó el viajero desamparado, ni fuego ni cuartos? qué diablos de posada es esta entonces?

—Posada como todas las de estos caminos, señor, en las que el incauto viajero piensa hallar de todo y no encuentra ni qué comer, le contestó Luis.

—Así es, señor, dijo el otro; pero en fin Vd. no tiene tanta razon de quejarse, pues por una noche como esta, encuentra cuarto donde dormir; al paso que yo, que por mi desgracia ando viajando con mujer, no encuentro donde pasar la noche.

—Será Vd. el marido de la señorita que está allí afuera?

—No, señor; soy solo su tío.

—Y no hay cuartos en la posada para Vds?

—No hay, señor, respondió con flemma D. Tiburcio. Siempre han sido suficientes los tres que poseemos para el número de viajeros que suelen pasar la noche en mi posada. Pero ya que sucede un caso tan extraordinario como este, le ofrezco, señor, esta pieza.

—Calle D. Tiburcio! ¿cómo podria pasar la noche una señorita en esta pieza, por la que se cruza á cada instante? . . . Señor, dijo Luis dirijiéndose al otro viajero, yo soy jóven y puedo pasar la noche en cualquiera parte; así, disponga como si fuera suya de la pieza que ocupo.

—Caballero, tanta jenerosidad. . .

—No hablemos mas; voy á hacer desocupar la pieza para que pueda la señorita instalarse en ella al instante.

—Permítame una palabra, caballero. Como yo no puedo ocupar la pieza que tan jenerosamente nos cede Vd. al mismo tiempo que mi sobrina, si á Vd. le parece, haremos acomodar las camas en este cuarto y pasaremos juntos la noche.

—Señor, será para mí un verdadero placer el tener á Vd. por compañero de cuarto.

Hé aquí una accion digna de los tiempos patriarcales, pues no es poca cosa ceder su habitacion á un extraño en una noche tempestuosa de agosto, mes en que los frios son todavia intensos; pero ¿crees de buena fé, lector, de que si no hubiese sido que á la

luz del farol que habia en el patio, vió el hermoso rostro de la mujer recién llegada, se hubiera mostrado tan jeneroso?

II

La intimidad se establece muy luego entre las personas cuando comen en una misma mesa, aunque se vean por primera vez. Así, no es de estrañar que nuestros viajeros poco tiempo despues conversasen ya familiarmente entre ellos, sentados al rededor de una mesita, sobre la cual humeaba una suculenta cazuela. Bien es verdad que por mucha parte entraba la jenerosidad del jóven de haber cedido tan espontáneamente su cuarto á los desamparados viajeros; pero mas que todo contribuyó el carácter amable y bondadoso del jóven y el jénio comunicativo y *sans facon* del tío. El jóven á poco andar supo que los nombres de sus nuevos compañeros eran Pacífico el del tío y Susana el de la sobrina; tambien él por su parte les dijo que se llamaba Luis.

Como fácilmente puede presumirse, todos sus cuidados y atenciones eran por Susana; y en verdad que debia ser un placer servir, la y atenderla, pues tenia unos de esos tipos de mujer que revelan á primera vista su carácter simpático. No se crea que Luis, como un héroe de novela, se ha enamorado de ella apenas la ha visto. Le agradaba, es verdad, y se complacia en la compañía y en el trato de Susana, y al atenderla, no era con el objeto de hacerle la corte, cosa que habria estado en contradiccion con uno de sus propósitos, sino que cumplia con un deber de urbanidad, grato siempre cuando es por una bella niña.

Difícil cosa es hacer por medio de la palabra el retrato de una mujer. Los poetas están muy crecidos que los lectores, segun sus descripciones, se forman una idea de los personajes tal como ellos lo han creado: es un error; cada uno se los figura á su modo. Diremos algo sin embargo de Susana para que sirva de base á la idea que cada lector se haga de ella.

Un cuerpo airoso, de regular tamaño, que deja adivinar hermosas formas y flexible como un juaco, es el cuerpo de Susana. Coronado una hermosísima cabeza. Sus abundantes y hermosos cabellos castaños están peinados, apesar del viaje, de una manera sencilla pero elegante. Las regulares facciones de su cara forman un conjunto tal, que á tener un defecto no se notaria por el hermoso aspecto que presenta el rostro á primera vista. Sus lu-

dos ojos pardos, no muy grandes, parecen encerrar en sí toda el alma de la joven, tal es la espresion, la viveza, el fuego de sus miradas; ojos asesinos, como dicen los franceses, que miran algunas veces al soslayo de una manera tan significante; ojos que revelan coqueteria y arranques locos de pasion.

JOSÉ ANTONIO DONOSO.

(Continuará.)

CRÓNICA DE LA SEMANA

MEDALLA Y CARTA

Una de las glorias mas envidiables que puede ostentar un hombre es, sin disputa, la de haber expuesto su propia vida por salvar la de un semejante.

El hecho que ha motivado la carta de la señora Eduarda Mansilla de Garcia, al General Roca, que publicamos á continuacion, pertenece á esa clase de acciones, que honran á la humanidad y arrancan palabras de entusiasmo y admiracion para quien las practica.

El General Roca debe haberse sentido orgulloso al leer las líneas que le ha dirigido la noble y distinguida *Eduarda*, quien se desprende de una de sus mas honoríficas joyas para colocarla en el pecho del salvador de un hombre.

Hé aquí la carta de la bella é inteligente escritora, y la contestacion del General Roca:

Señor General Roca.

Señor y amigo:

En 1868 fui honrada con la adjunta medalla por la Sociedad de los *Sauveteurs* de Francia, que solo contaba entonces entre sus miembros honorarios femeninos, á la Emperatriz Eugenia, á la Reina de España, á la ex-Reina de Nápoles, á la Princesa Matilde y á dos ó tres mas damas de igual ennoblecimiento social.

Quiera usted, señor, aceptar esa medalla que yo no merezco y usted sí, por su generoso salvataje. Libros se escriben todos los dias, acciones como la de usted son escasas.

Con la sencillez y espontaneidad con que presento á usted mi medalla, espero la acepte, á pesar de poseer ya muchas otras, ganadas en los campos de batalla. Colóquela usted un instante sobre su noble pecho, y honrará mi modesta dádiva.

Su leal amiga.

Eduarda Mansilla de Garcia.

Febrero 1^o de 1884.

Febrero 4 de 1884.

Distinguida amiga:

Gracias muy sinceras por su oportuno obsequio. Ya que no me es dado evitar que Vd. se desprenda de tan inapreciable joya, crea Vd. que sabré conservarla con el doble mérito de venir de Vd. y ser para Vd. altamente honrosa.

Se pone á los piés de Vd.

JULIO A. ROCA.

Señora Eduarda M. de Garcia, etc, etc.

La medalla es de oro, bastante grande; por un lado tiene la efigie del Emperador Napoleon III admirablemente grabada, y por otro esta inscripcion: señora Eduarda Mansilla de Garcia, Membre Honoraire de la Societé des Sauveteurs.

LOS PENSIONISTAS Y JUBILADOS

Una ley de la Legislatura dispone que las pensionistas y los jubilados de la Provincia fijen su residencia en la nueva ciudad de La Plata.

Esta determinacion vá á poner á los pensionistas en serios apuros, debido á que la mayoría de esas personas son pobres, desprovistas de recursos para trasladarse á la nueva ciudad.

BANQUETE INFANTIL EN PALACIO

De una crónica de *Almaviva* publicada en *El Imparcial*, de Madrid, tomamos los siguientes interesantes párrafos:

Pero ninguna comida tuvo el encanto de la celebrada en Palacio, y presidida por la princesita de Asturias, el dia de Navidad.

Eran los convidados seis niños y seis niñas del Colegio de San Ildefonso, pertenecientes á familias pobres del pueblo de Madrid. Todos lucian los trajes que les habia regalado la reina.

La princesita ocupó la cabecera de la mesa, en una silla de brazos, y empezó la comida, en la que se vió la animacion propia de tan formales convidados.

La princesita estuvo obsequiosísima con todas las niñas y niños, como si se hubiera penetrado bien de su papel de amita de casa.

Concluido que fué este banquete infantil, entraron los reyes en el comedor y asistieron al reparto de los postres entre toda aquella familia menuda, que, con gran formalidad, dió las gracias á los reyes, pronunciando discursos. El sistema parlamentario decididamente no respeta sexos ni edades. Tambien cantaron coplas alusivas al acto y villancicos.

Los niños fueron luego recogidos por sus respectivas familias, las que recibieron

abundantes provisiones para celebrar las Pascuas.

El padre de una de estas criaturas decia orgulloso á una vecina:

—Voy á buscar al chico, que come en Palacio.

MUERTE DE UN POETA

Bolivia ha perdido en el año 83 varios de sus mas esclarecidos poetas; los que mas lustre han dado á su naciente literatura.

Primero fué Gutierrez, después Rosquellas y Medinaceli; sucesivamente desaparecieron Buitrago y Loza—y hoy es Ramallo, cantor dulce y apasionado.

Ramallo pertenecia á la escuela romántica.

No solamente fué un poeta de delicada inspiracion, sinó tambien un notable jurista-consulto.

Bolivia pierde casi todos sus hijos inteligentes. Los que quedan pueden exclamar con Paul de Saint Victor: *los dioses se van.*

Murió Cortés, el poeta cómico, de amargas y filosóficas carcajadas.

Calvo y Rosquellas, trovador caballeresco el primero, y completo artista el segundo, no existen, aunque han dejado inmortales recuerdos en el parnaso boliviano.

Bustamante, el nervioso cantor de la epopeya heroica, no tardará en seguir igual camino.

Ahora vemos en los diarios de Bolivia que acaba de fallecer Mariano Ramallo, poeta sentimental, tierno bardo del hogar y la melancolía—que muere como el cisne, cantando sus endechas en la tarde triste de su vida.

Era poco conocido entre nosotros á pesar de ser hermosas sus composiciones y luminosa su inteligencia. Es que aquí no se conocen íntimamente los poetas americanos, por una indiferencia inexplicable cuando entre ellos hay muchos que podrian servir de modelo á varios de nuestros vates.

Ramallo ha muerto, allá en un rincon de la patria, lejos del mundo, en los parajes agrestes donde las armonías dulcísimas de la lira se unieron en íntimo concierto á las armonías de la naturaleza.

SUMARIO

El Album del Hogar lleva hoy los siguientes materiales:

Viaje al país del matrimonio, por Casimiro Prieto.—Los frutos de la paz, poesia, por J. J. Garcia Velloso.—Astronomía, por Paul Bert.—Las creencias, poesia, por Ramon de Campoamor.—La piel de...—Un amor transitorio, por José Antonio Donoso.—Crónica de la semana.

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION, AYACUCHO 800

EL ALBUM DEL HOGAR

BUENOS AIRES, FEBRERO 17 DE 1884

CONVERSACION

Tengo pesada la frente;
Se me inclina sobre el pecho
Y hago en vano, por alzarla,
Desesperados esfuerzos.
Si yo fuera hombre casado
Me explicaria este peso
Por causas que no es posible
Presumir en un soltero.
Pero soy un jóven célibe,
Y en tal caso, solo encuentro
La explicacion de su origen
En los magistrales versos
En que dice Nuñez de Arce,
Que á veces un pensamiento
Es mas pesado que un mundo,
Y á mí me abruma un recuerdo
Que pesa mas todavia:
Pesa una tumba y un cielo!
Si no me entienden ustedes,
No me importa, yo me entiendo;
Y abandonando este asunto,
Por lo oscuro y por lo sério,
Sigo ocupándome de otros
Mas claros y mas risueños.

* * *

Vivo en un barrio apartado
De lo que llaman *el centro*;
Es decir, léjos del foco
De la luz, del movimiento,
Del arte; respecto al arte,
Declaro que estoy mintiendo,
Pues me rodean artistas
Que son de *primo cartello*.

Mirad dos que desempeñan
El papel de *caballeros*,
Título que han conquistado
Valiéndose de los medios
Que á los pillos les permiten
En estos morales tiempos,
Vivir *honorablemente*
Embrollando al zapatero,

Y en fin, á todos aquellos
Que, por buenos ó por zonzos,
(Hoy es igual zonzo y bueno)
Al alcance de las uñas
Los bolsillos les han puesto.

Miradlos; qué ricos trajes
Cubren sus gallardos cuerpos!
Son los mas temibles leones
Que van al Club del Progreso,
Donde ensangrientan las garras
En la *high-life* del sexo bello,
Que los juzga por el traje
Personas de valimiento,
Cuando solo son dos pillos
Que, juzgados por sus hechos,
Estarian en la cárcel
A una cadena sujetos!
Mirad otro... pero basta;
¿Porqué hundir el pensamiento
En ese foco de lodo,
Si puedo elevarlo al cielo?

* * *

Qué bella!.. frente espaciosa,
Torneado y mórbido el cuello,
Esbelto y flexible el talle,
Ancho y elevado el pecho;
Fulgor del cielo en sus ojos,
Melodías en su acento,
Y entre su boca encendida
Brillando sus dientes bellos,
Como gotas de rocío
En una rosa de fuego!..
¡Qué bella estaba esa tarde
En que... ¡Corazon, silencio!
No le confies al mundo
Secretos que son del cielo!
No vuelvas á recordarla,
Que me hace mal su recuerdo,
Y es preciso que concluya
Alegremente estos versos.

* * *

Sigo pues: hará dos años,
Dias mas ó dias menos,
Que tuve el placer, la gloria
De combatir un folleto
En que Santillan decia
Que el tabaco era un veneno

En la humanidad, que un médico.
Y haciendo acopio de citas,
Para dar fuerza á su aserto,
Recordaba algunos casos
Traídos de los cabellos,
(Como ciertos consonantes
Que usan poetas inciertos)
De *fumadores vestidos*
Y *fumadores en cueros*,
Que fumando *al aire libre*
Por falta de aire murieron.
Pero esto que escrito habia
El mencionado galeno,
Mientras aspiraba el humo
De un *puro* de veinte pesos,
Era solo una *fumada*
Que hacia á los cigarreros
Para obtener el tabaco
Por la mitad de su precio;
Pues Santillan, segun dicen,
Es fumador tan esperto
Que hasta los años se *fuma*
Tiñéndose los cabellos.

Fumar!.. ¿Hay cosa mas grata
Que abismar el pensamiento
En una nube de humo
Que va en direccion al cielo,
Desprendida suavemente
De ese cigarrillo fresco,
(Marca, *La Patria Argentina*)
Suave, aromado, bien hecho,
Que hasta las muchachas fuman
Para perfumar su aliento,
Y el único con que obsequia
Al Papa el Doctor Aneiros,
Por encontrar en su aroma
La pureza del incienso?

* * *

Pero basta de tabaco,
De Santillan y de versos.
Lectoras, soy de vosotras,
Es decir, soy todo vuestro.

FARIAS.

LA OFRENDA DE LA VIUDA

El patriotismo de las argentinas no estu-

cacion ó el dinero, ya lo hemos dicho, ni en la esfera popular se redujo al círculo de las ciudades. En los campos, en medio de la naturaleza y donde menos debiera sospechase la existencia de aquel noble sentimiento, se vieron ejemplos que la emulación no producía ni el ódio de raza impulsaba.

No era un espíritu vengativo que impelia las madres á donar sus hijos y sus tesoros para los ejércitos de la patria. Allí se erguía el instinto de la libertad llamado á producir su acción consumándose en un hecho grandioso como la Independencia.

Ellas supieron arrostrar los compromisos mas delicados, en la hora del conflicto; en los momentos en que un desastre de las armas insurgentes las entregaria sin defensa á la ferocidad de los enemigos.

Dieron á la revolucion sus hijos, sus alhajas, y hasta su propia sangre en combates como el de Cochabamba, que ha inmortalizado el nombre de sus mujeres. Desafiaron el destierro y la muerte, empero, despojadas de sus bienes, echadas de sus hogares llevaban en su corazón el talisman de la esperanza y la fé del porvenir.

Doña Teresa Lemoine, desterrada de la Ciudad de la Plata despues de la conmovion liberal de 1809, contestaba á los que la conpedecian viéndola partir seguida de nueve criaturas, sin querer solicitar gracia del tirano Nieto:

«La aurora de nuestra felicidad acaba de nacer: una nube pasajera la oscurece: para disiparla hemos menester constancia, y podrá haber patriotismo si renunciemos á esta virtud?»

Nadie igualó en valor y abnegacion cuando se trataba de combatir por la libertad ó correr los azares de la tormenta revolucionaria.

En cambio, cuánta dulzura para con los vencidos que caian prisioneros; cuánta moderacion en la victorial de su generosidad y filantropía aprendieron los hombres á ser benignos en el triunfo. Ellas armaban el brazo y templaban por nobles estímulos la fibra guerrera de sus conciudadanos, pero jamás gustaron de las acciones feroces y cruentas que tanto empuñan el heroísmo.

Hoy no vamos á describir un episodio marcial; es un hecho modesto; una ofrenda sencilla, realizada sin ostentacion, si bien con el mas sincero patriotismo.

La heroína es una pobre viuda cuyo nombre no ha recogido la tradicion.

Mereceria grabarse en letras de oro, en el Panteon de la historia.

Su esposo habia sido Maestro de Posta en la frontera de Córdoba, y muerto éste, la viuda continuaba al frente del Establecimiento, y la que constituia toda la fortuna de sus hijos

Una mañana del mes de Setiembre de 1810, uno de los mocetones que la servian de Correos, vino á llamarla con sorpresa.

—Qué hay, muchacho? preguntó la viuda,

—Señora, que por allá abajo, del otro lado de la lomada, viene subiendo mucha gente con fusiles y cañones.

—Qué clase de gente?

—Yo no sé qué clase de gente será: vienen muchos, pero caminan muy despacio.

—Es preciso que montes á caballo y corras á ver quiénes son: quiero saber si son por la patria ó por el rey.

El postillon saltó á caballo y partió al galope.

La viuda llamó á su capataz, criollo viejo, pero vigoroso y ágil todavia.

—No Juan, es que preciso vaya con los muchachos á repuntar la caballada, pues me acaba de decir el puntanito que una gente viene marchando para la posta.

—Señora, y si son del rey les dará Vd. caballos?

—Ya veremos: junte las tropillas del otro lado del monte: si va el puntanito á pedirle caballos, los oculta y no vuelve: sino he de ir yo: tal vez sean fuerzas patriotas de Buenos Aires.

El viejo capataz se alejó seguido de los peones.

Un cuarto de hora habria trascurrido cuando regresó el muchacho.

—Cómo has tardado tanto? le preguntó.

—Estaba esperando este papel para vd.: creo que piden caballos, porque vienen todos con los reyunos que ya no pueden con los cueros.

Efectivamente, el general Balcarce, entonces Comandante de vanguardia del ejército auxiliar, pedia que á cualquier precio se le dieran caballos para su gente.

—Son los patriotas! exclamó la viuda con júbilo.

En seguida pidió un caballo de silla, montó como gallarda amazona, y antes de media hora se presentaba con trescientos caballos y mulas al gefe de la tropa y le pedia que los aceptase como un donativo para el servicio de la patria. Sabiendo Balcarce que aquellos animales constituian toda su fortuna, elogió en desinterés, diciéndole que no era necesario tanto sacrificio de su parte, y

dió la orden para que se le pagara por Compañaria el servicio de transporte que iban á prestar.

«Pues bien, replicó ella, ya que Usía no los necesita por ahora, considérelos siempre como propiedad pública; disponga de ellos cuando la salud del país lo exija; yo los cuidaré mucho con este objeto. Llévelos V. S. hasta donde guste; pero le ruego que no me confunda con la gente mercenaria, y no me agravie ofreciéndome dinero.»

Lleno de admiracion aquel gefe por tan generoso comportamiento, trató de persuadirla que sus deberes de madre debian hacerla menos pródiga de sus escasos bienes.

«No, le contestó, mis bienes, mis hijos, mi persona todo pertenece á la Pátria, y todo lo sacrificaré gustosa por su felicidad y por su gloria.»

Vencido el general Balcarce por aquel immaculado civismo, no tuvo mas remedio que aceptar el patriótico obsequio de la viuda.

M. A. PELLIZA.

UN AMOR TRANSITORIO

(Continuacion)

Su boca, de regular tamaño, de labios rosados, cuasi siempre entreabierta, dejando ver una hilera de hermosísimos dientes blancos, está llena de dulzura y de zalameriu; boca que convida al placer, no á ese placer desenfrenado, capaz de consumir la mitad de una vida en una hora de deieites, sino á ese placer tranquilo, celestial, infinito, lleno de vaguedad y de suaves y dulces emociones. Se puede, en fin, ver á Susana sin amarla, pero nosin impresionarse, y comprendemos que pueda inspirar una pasion porque sentimos que tambien pudimos haberla amado.

La figura de Luis era tambien de las mas interesantes. Sin ser un lion, era un gallardo mozo. Su estatura era esbelta y su porte elegante; las facciones de su rostro regulares; la tez algo morena; cabellos negros y un poco crespos; un bigote negro, pequeño y fino, cubria su labio superior. El traje de camino que ahora llevaba hacia resaltar las bellas formas de su cuerpo.

Un pantalon de color oscuro dibujaba perfectamente el contorno de sus piernas dignas de servir de modelo á un estatuario; un frac redondo del mismo color del pantalon tomaba su talle flexible que á usar corsé habria sido la envidia de muchas

mujeres; un sombrero negro de lana, algo inclinado al costado, realizaba la gracia de sus facciones; por fin, una manta pequeña que llevaba doblada y colgando en el brazo derecho, y unas espuelitas, al parecer de plata, atornilladas en las botas, indicaban que andaba á caballo.

Grande era el contraste que hacia la figura de D. Pacífico con la de los dos jóvenes. El que haya visto un viejo provinciano con ciertas pretensiones de mozo, hinchado con la importancia que se dá y que cree tener por haber ocupado algun puesto de consideracion en la provincia ó por la deferencia que le guardan sus paisanos por considerarlo mas hombre que ellos, habrá visto á D. Pacífico, gordo y pequeño, de una salud intachable y capaz de hacer desesperar á sus herederos; podia muy bien aún pasar por mozo entre las mujeres de treinta años; su rostro rubicundo acusaba una aficion decidida á la buena mesa, y así debia ser, pues cuando la criada de la posada entró con los manteles y platos, exclamó lleno de alborozo: En fin!

Este caballero era de esos individuos que se ligan pronto de amistad con toda persona á la hora despues que la conocen. En la mesa naturalmente le contó á su nuevo amigo el objeto de su viaje. Habiendo su sobrina perdido á sus padres, que le dejaron bien poca fortuna, y encontrándose sola, pues era hija única, la traia á Santiago para que viviera con la familia de una tia suya, señora de tono de la sociedad santiaguina.

Fuera de esto la conversacion rodó sobre diferentes asuntos. La niña escuchaba con atencion cuando el joven le daba noticias sobre la sociedad que luego ella iba á frecuentar. D. Pacífico se informó de varias personas conocidas suyas que no veia desde quince años há, época en que por última vez habia estado en Santiago.

La cena fué corta pero alegre, gracias á la provision de buenos licores que traia D. Pacífico en los cajones del coche. Susana, sin embargo, manifestó el deseo de retirarse pretestando el cansancio del viaje y la necesidad de madrugar al dia siguiente para alcanzar á llegar á Santiago si era posible. Luis, que encontraba un indecible placer en la conversacion de Susana, la instó para que retardase un poco mas la hora de acostarse; mas ella, con graciosas y encantadoras palabras se disculpó, y el joven, á quien el vapor del vino le habia ya subido un poco á la cabeza, murmuró á

media voz al verla salir: ¡Feliz el que esta noche sea objeto de sus sueños!

Dijo esto pensando quizá en que él lo seria; pero se equivocó, pues Susana no soñó otra cosa en toda la noche que en la capital que al dia siguiente iba á ver por la primera vez.

III

La noche se ha hecho para dormir, y en consecuencia los viajeros se echaron luego á la cama. No poco disgusto le causó á D. Pacífico al oír á D. Tiburcio, que dormia en un cambucho contiguo, recitar en alta voz, al tiempo de acostarse, un largo rosario acompañado de suspiros y golpes de pecho; pero poco á poco su oído se fué acostumbrando y al fin se durmió arrullado por el cantar monótono del exíguo posadero.

Si la noche se ha hecho para dormir, la cama, en los momentos de entregarse al sueño, es la mas á propósito para la meditación. A ello contribuye poderosamente la oscuridad y el silencio de la noche. El pensamiento hace entonces abstraccion de todo lo que nos rodea y se lanza en alas de la fantasía á las rejiones de las quimeras que nuestros deseos ó esperanzas nos forman.

La ilusion todo lo ilumina con el color de la realidad, y vivimos por un instante engañados, pero felices.

Luis nada dejaba en el lugar de á donde venia que lo inquietara, ni nada tenia en Santiago que ocupara su imaginacion. ¿En qué podia pensar, pues, al acostarse, si no era en la hermosa niña que estaba durmiendo bajo el mismo techo? Ni la fatiga del viaje, ni la hora un poco avanzada de la noche, pudieron cerrar sus ojos. De una imaginacion viva y fácil de exaltarse, la imagen de Susana no se desprendia de su mente, por la que cruzaba revestida de formas vagas y fantásticas. Se complacia en ese momento en figurársela dormida y así la veia mas hermosa; la contemplaba, como si á un paso de ella estuviera, recostada en su cama, el cabello destrenzado, sonrosadas las mejillas y los labios entreabiertos; uno de sus brazos sirviendo de apoyo á su hermosa cabeza, y el otro sobre su pecho como queriendo contener las palpitations que lijera mente levantarán su hermosísimo seno de virgen, que el desórden del sueño hubiera dejado descubierto. Su sangre no encendia en su cerebro ideas voluptuosas; al contrario, la pureza y la frescura de los

cuadros que pintaba su imaginacion, parecian nacer de una alma que no ha manchado aún el aire corrompido de la sensualidad; eran como esos hermosos é ignorados valles cuyas flores perfumadas no ha ajado aún la planta del hombre.

Mientras tanto D. Pacífico con sus ronquidos parecia decirle: «Qué dulce cosa es dormir! y qué disparate el de desvelarse por quimeras! Satisfacer las exigencias de los sentidos es el único placer; todo lo que veamos fuera de ello es una enajenacion mental.» Y como si en realidad hubiera seguido este consejo, el joven poco á poco empezó á sentir la pesadez del sueño; sus ojos se cerraron blandamente y las ideas fueron borrándose de su cabeza.

La noche estaba ya muy avanzada; dos velas que ardian sobre la mesa, estaban por espirar. Afuera todo era silencio. Debajo de los corredores se oia sólo el ronquido de peones y birlocheros que envueltos en sus ponchos y tendidos sobre pellones de montura, dormian tranquilamente. De cuando en cuando y á lo lejos solia oirse el ladrido de un perro ó el bramido de algun animal. La luna habia salido, pero oculta en las espesas nubes, solo alumbraba los objetos con luz cenicienta. Un viento helado mecia los grandes álamos del camino, y el ruido que hacia entre las ramas tenia algo de triste y lúgubre en medio del silencio de la noche. Negros nubarrones corrian por el cielo, restos de la pasada tempestad, y parecian anunciar de nuevo copiosa lluvia.

La luz que se divisaba por entre las rendijas de la ventana del cuarto donde habiau cenado los viajeros, era la sola señal de existencia que daba la posada, y á veces el ruido sordo de la carrera de un caballo en el potrero contiguo á la casa.

De repente se oyó un ruido subterráneo y aterrador y cuasi al mismo tiempo toda la casa se estremeció. D. Tiburcio fué el primero que con voz espantada gritó:— Que tiembla! y todos como corderos perseguidos por un lobo, se precipitaron afuera gritando: misericordia! Todos se apilaron en el medio del pátio. Luis inmediatamente echó una mirada á su alrededor buscando á Susana, y no viéndola, su vista se fijó en la puerta del cuarto que, con inútiles esfuerzos trataban de abrir por el lado de adentro. Un grito lastimero llegó á sus oídos. La casa se movia como un árbol mecido por el viento. De un salto se puso debajo del corredor, y desplegando unas fuerzas sobrenaturales, de un empujón echó á volar la puerta en dos pedazos. Susana cayó en sus

brazos cuasi desmayada; él la tomó como á un niño, y con tan preciosa carga volvió corriendo al pátio.

Un nuevo remezon, mas violento que el primero, hizo crujir el techo de la posada; todos creyeron verla por el suelo. D. Pacifico exclamó:—Misericordia, Dios Todopoderoso! y D. Tiburcio, que creyó ver el dia del juicio final, le hacia coro, gritando:—Aplaca Señor, tu ira!

La lluvia habia formado una costra como de cuatro dedos de barro en el patio; con el miedo nadie se apercebíó de que estaban enterrados en el lodo hasta los tobillos. Luis, por este motivo, no quiso soltar de sus brazos á la niña, de lo que dió gracias al cielo; sentia tanto placer, que poco le habria importado en ese instante que se hubiera abierto la tierra bajo sus piés ó que desplomándose el cielo lo hubiera aplastado. Estaba en uno de esos pasajeros y cortísimos momentos de cuasi completa felicidad que á veces es dado gozar en este bajo mundo á los pobres mortales. Susana, para sostenerse, habia pasado sus brazos alrededor del cuello del jóven. De este modo sus caras se tocaban cnasi. Luis sentia pasar por su frente el aliento perfumado de la niña. Contra su pecho se apoyaba un seno de deliciosas formas.

Su brazo enlazaba una cintura divina; y el tibio ardor del cuerpo de Susana comunicaba á su sangre un fluido voluptuoso, á cuya dulce influencia cayeron sus sentidos en una deleitosa embriaguez. Oh! con qué fuerza palpitaba su corazon! El cabello destrenzado de la niña, flotando con el viento venia á egredarse con el suyo, y á veces sus labios sintieron su sedosa suavidad, cuando atrastrado por un poder irresistible, inclinaba su cabeza hácia el hombro de la jóven. Aun la luna estaba cubierta por las nubes, sin embargo, su luz era suficiente para que Luis distinguiera unos lindos piés desnudos, blancos como el mármol, y de formas pequeñas y acabadas; sus ojos no se desprendian de ellos, y al ver que el frio los hacia sufrir, tenia tentaciones de tomarlos en sus manos y calentarlos con su aliento.

El instante de placer que sintió fué bien corto porque luego pasó el temblor. Sólo entonces se apercebieron todos de que estaban sobre el barro con los piés desnudos, Inmediatamente se retiraron al corredor, y Luis, con grau sentimiento suyo, tuvo que hacer como los demás. Sólo abandonó su preciosa carga en la puerta de su cuarto, y allí al bajarla, por efecto de la casualidad

sin duda, su mejilla sintió la cutis aterciopelada de la jóven, y sus labios, sin saber cómo, pasaron rozando la deliciosa boca de Susana.

JOSÉ ANTONIO DONOSO.

(Continuará.)

ANTE UN CADÁVER

Y bien! aquí estás ya... sobre la plancha
Donde el gran horizonte de la ciencia
La estension de sus límites ensancha.

Aquí donde la rígida esperiencia
Viene á dictar las leyes superiores
A que está sometida la existencia.

Aquí donde derrama sus fulgores
El astro á cuya luz desaparece
La distancia de esclavos y señores.

Aquí donde la fábula enmudece
Y la voz de los hechos se levanta
Y la supersticion se desvanece.

Aquí donde la ciencia se adelanta
A leer la solucion de ese problema
Que sólo el enrciarse nos espanta.

Ella que tiene la razon por lema
Y que en tus lábios escuchar ansía
La augusta voz de la verdad suprema.

Aquí estás ya... tras de la lucha impía
En que romper al cabo conseguiste
La cárcel que al dolor te retenia.

La luz de tus pupilas ya no existe;
Tu máquina vital descansa inerte
Y á cumplir con su objeto se resiste.

¡Misericordia y nada mas! dirán al verte,
Los que creen que el imperio de la vida
Acaba donde empieza el de la muerte.

Y suponiendo tu mision cumplida,
Se acercarán á tí, y en tu mirada
Te mandarán la eterna despedida.

Pero nó!... tu mision no está acabada,
Que ni es la nada el punto en que nacemos,
Ni el punto en que morimos es la nada.

Círculo es la existencia, y mal hacemos
Cuando al querer medirla le asignamos,
La cuna y el sepulcro por estremos.

La madre es sólo el molde en q' tomamos
Nuestra forma, la forma pasajera
Con que la ingrata vida atravesamos.

Pero ni es esa forma la primera
Que nuestro ser reviste, ni tampoco
Será su última forma cuando muera.

Tú, sin aliento ya, dentro de poco
Volverás á la tierra y á su seno
Que es de la vida universal el foco.

Y allí, á la vida en apariencia ageno,
El poder de la lluvia y del verano
Fecundará de gérmenes tu cieno.

Y al ascender de la raiz al grano,
Irás del vegetal á ser testigo
En el laboratorio soberano,

Talvez para volver cambiado en trigo
Al triste hogar, donde la triste esposa
Sin encontrar un pan, sueña contigo.

En tanto que las grietas de tu fosa,
Verán alzarse de su fondo abierto
La larva convertida en mariposa,

Que en los ensayos de su vuelo incierto,
Irá al lecho infeliz de tus amores
A llevarle tus ósculos de muerto.

Y en medio de esos cambios interiores,
Tu cráneo, lleno de una nueva vida,
En vez de pensamientos dará flores,

En cuyo cáliz brillará escondida
La lágrima, talvez, con que tu amada
Acompañó el adios de tu partida.

La tumba es el final de la jornada,
Porque en la tumba es donde queda muerta
La llama en nuestro espíritu encerrada.

Pero en esa mansion, á cuya puerta
Se estingue nuestro aliento, hay otro aliento
Que de nuevo á la vida nos despierta.

Allí acaban la fuerza y el talento,
Allí acaban los goces y los males,
Y allí acaban la fé y el sentimiento.

Allí acaban los lazos terrenales,
Y mezclados el sábio y el idiota,
Se hunden en la region de los iguales.

Pero allí donde el ánimo se agota
Y perece la máquina, allí mismo
El ser que muere es otro ser que brota.

El poderoso y fecundante abismo
Del antiguo organismo se apodera,
Y forma y hace de él otro organismo.

Le abandona á la historia justiciara

Un nombre, sin cuidarse, indiferente,
De que ese nombre se eternice ó muera.

El recoje la masa únicamente,
Y cambiando las formas y el objeto,
Se encarga de que viva eternamente.

La tumba sólo guarda un esqueleto,
Mas la vida en su bóveda mortuoria
Prosigue alimentándose en secreto.

Que al fin de esta existencia transitoria
A la que tanto nuestro afán se adhiere,
La materia, inmortal como la gloria,
Cambia de formas, pero nunca muere.

MANUEL ACUÑA.

LA SEÑORA DE LOPEZ

No he visto nada mas inconsecuente que
las mujeres, en sus juicios respecto al pró-
jimo, ó, hablando con mas propiedad, res-
pecto á la prójima. Su opinion es veleta
que gira inconstante á cualquier soplo.

Sin ir más lejos, ahí está doña Calista,
esposa de un caballero honradote y campe-
chano si los hay, el cual tiene la manía,
manía rara si se quiere, de querer cantar
óperas, siendo así que sus facultades artís-
ticas están muy lejos de corresponder á su
loca afición filarmónica. Por lo demás, es
un buen hombre.

Hace pocos dias visité á doña Calixta, la
cual, dicho sea entre paréntesis, aunque de
bonísimo corazón, es algo obtusa de inteli-
gencia, y á veces, por querer hablar fino,
suelta cada disparate que tiembla el orbe.

—¿Cómo se encuentra usted? le pregunté
después de los saludos de cajón.

--Perfectamente, gracias.

—¿Y su señor esposo?

—Está en su cuarto ensayando una *área*
de los *Monigotes*.

Efectivamente, de una de las habitacio-
nes interiores de la casa salían unos gritos
capaces de dar dolor de cabeza á un sordó:
era don Melchor Lopez (que así se llama el
marido de mi amiga) que estaba ensayando
una *área*, coreada por todos los perros del
barrio, por más señas.

—Estoy muy contenta, dijo pasado un
breve momento doña Calixta.

—¿Va á debutar su esposo de usted?

—¡Bah! mi esposo no tiene *indisposiciones*
para cantar *comedias*.

—¿Lo cree usted así, señora?

—¡Vaya! ¡como que no tiene *estudios!*

—No obstante, teniendo *vocacion*...

—Otra cosa me llena de contento, de feli-
cidad, de gozo, de dicha...

—¡Cáspita! dije para mi colete; ¿le habrá
caído la lotería á esta buena señora?

—Sepa usted... ¡que he encontrado coci-
nera!

—¿Y eso la alborozaba tanto?

—¡Ya lo creo!

—No obstante...

—¡Pero, hijo! ¿sabe usted lo difícil que es
hoy día encontrar cocinera? Es decir, una
cocinera que sepa cocinar...

—¡Ya! supongo que no pretenderá usted
una cocinera que sepa tocar las castañuelas.

—Ciertamente; pero si una cocinera aseada,
que no sise, que no sea prima de los
soldados y que cocine á la *alta escuela*, como
dice mi hermano el médico.

—¿Y todas esas cualidades reúne su co-
cinerá de usted?

—Sí, señor, y estoy contentísima, porque
le digo á usted que es una alhaja.

—¿De qué nacionalidad?

—Italiana de Italia. La que tuve ante-
riormente era muy sucia y muy aficionada
á la *volateria*. ¡Como que nos servía moscas
en todos los guisos! Y eso que también era
italiana.

—¿Italiana de Rusia?

—No, señor; por eso la despedí.

—¿Porqué no era de Rusia?

—¡No, hombre! porque era muy sucia.

—Hizo usted perfectamente.

—Verdad es que la pobre no podía ocu-
parse mucho de la cocina, porque mi mari-
do solía emplearla muchas horas.

—¿En qué, señora?

—En cantar óperas.

—¡Pero su marido de usted es un furioso
melómano!

—¿Melón... qué?

—Melómano.

—No sé, porque él jamás me entera de
sus asuntos.

—¿Y era bonita su cocinera?

—¡Como un sol!

—¿Y la empleaba su marido de usted
muchas horas?

—¡Muchas!

—¿Y de qué cantaba?

—¿Quién?

—La italiana.

—Creo que *de bajo*.

—¡Pero eso es un disparate!

—O de *tripe*... no sé. La cocinera que
tengo ahora no sabe cantar, de lo cual me
alegro.

—Y su esposo de usted estará disgustado,
¿verdad?

—No, señor, porque no es tan linda como
la otra, y dice que no sirve para el caso.

—¿Cómo, doña Calixta! ¿la belleza física
es una condicion indispensable para ser
buena cantatriz?

—¡Ya lo creo! Y si no, fíjese usted en lo
que pasa en el teatro de las *comedias*, que
en saliendo á cantar una mujer feota nadie
le hace caso, pero en siendo bonita, todo el
mundo se la come á aplausos.

—Dice usted bien, doña Calixta; discurre
usted con mucho seso.

—Mi cocinera no sabe cantar, pero tiene
mano de ángel para *confeccionar* una torti-
lla ó usar un pollo. Crea usted que en casa
todo el mundo espera con la mayor ansia la
hora de comer... menos mi marido, que no
piensa más que en los *Monigotes* y en *Ruín*
Blas.

—Pues la felicito á usted, señora.

—Muchas gracias.

—¿Y no tendrá algun defecto ignorado la
dichosa cocinera?

—Quiere usted callar? ninguno! no tiene
mas que perfecciones. Ni es responzona, ni
perezosa, ni sucia, ni entremetida. Trabaja
todo el dia y jamás pide permiso para ir á
ver á tal ó cual primo, que la mayor parte
de las veces resulta tan pariente de ella
como yo del *bucy* de Túnez. Sus costumbres
no pueden ser mas honestas, y si mi herma-
no, que es un libertino deshecho, la mira
con insistencia, bajo los ojos al suelo y se
enoja. ¡Pobre muchacha!

—Pues dígoles á usted que la tal maritor-
nes es una virtud salvaje.

—Sí, señor, sí, una salvaje, lo puede usted
decir bien alto. Ayer, sin ir mas lejos, me
decía:—Señora, no tengo mas deseo que el
de estar eternamente en esta casa. No tengo
familia, no tengo parientes, no tengo nadie
en el mundo y quiero morir al lado de
ustedos.

—¿Y qué le dijo usted?

—Al oirla se me saltaron las lágrimas; la
abracé con cariño, con *infusion*, y le dije:—
Si usted se porta bien, puede morir cuan-
do guste en esta casa, que desde hoy es
suya.—La pobre muchacha se arrojó en mis
brazos y se volvió loca de alegría.

—¿Y su esposo de usted no asistió á tan
patética escena?

—No quise interrumpir sus ensayos, pero
cuando le puse al corriente de lo sucedido...
se echó á llorar.

—¿Qué sensibilidad tan exquisita!

—Mi marido se conmueve fácilmente...
cuando no canta óperas.

No quise prolongar por mas tiempo aquel curioso diálogo y me despedí de la señora de Lopez.

A los dos dias la visité de nuevo.

Al entrar en la sala, se abalanzó á mí D. Melchor Lopez.

Dí dos pasos hácia atrás, sobresaltado, creyendo que iba á tragarme, al ver sus descompuestos ademanes; pero me rehice pronto, al oír que decia con entusiasmo:

—Caballero, soy el más feliz de los mortales... abráceme usted y admíreme al mismo tiempo.

—Pero... ¿qué tiene usted? ¿ha heredado á algun tio millonario?

—¡Bah! yo desprecio las riquezas; el arte es mi ídolo y á él solo consagro todos mis pensamientos, todos los latidos de mi corazón.

—Entonces... tenga usted la bondad de explicarse.

—He terminado el estudio de *Guillermo Tell*.

—¡Cáspita! ¿y se ha aprendido usted de memoria toda la partitura?

—¡Toda! sin olvidar una nota. Se la voy á cantar á usted.

—Hombre, no, muchas gracias... será otro dia. Estoy muy resfriado y á mí el resfriado me quita las ganas de escuchar óperas. ¡Qué quiere usted! será una extravagancia, pero...

—Corriente, dijo el señor de Lopez poniéndose un tanto sério; usted será profano en el divino arte de Bellini.

—¡Precisamente! me apresuré á contestar respirando al verme libre de aquel tremendo suplicio.

—Entonces se la voy á cantar á mi gefe.

—Mañana te deja cesante, dije para mí.

Don Melchor me saludó friamente, tomó el sombrero y me hizo la caridad de largarse con viento fresco. ¡Dios se lo pague!

Poco despues se presentó doña Calixta. Venia sofocada.

—Señora... exclamé saludando.

—Beso á usted la mano, contestó con tono displicente.

Me quedé desconcertado; pero la buena señora, que despues de todo no carecía de educacion, observó el desagradable efecto que en mí habia producido su falta de atencion, y se apresuró á decir:

—Dispense usted, mi buen amigo; estoy con usted lo más grosera y lo más...

Y guardó un penoso silencio, silencio que no me atreví á interrumpir.

—¿Viene usted de paseo? dijo por fin dán-

dome pié para salir de aquella embarazosa situacion.

—Sí, señora.

—El tiempo está magnífico.

—¡Magnífico!

—Estamos en el otoño y las tardes convidan á pasear.

—Dice usted bien, señora.

—Si no tuviera tan irritados los *niervos*, habria salido con mi esposo.

—Su esposo de usted acaba de salir, señora; ha ido á cantar *Guillermo Tell* á su jefe.

—¡Oh! su jefe es una persona muy instruida y muy entendida en óperas. ¡Como que fué á ver á Blondin, siempre que trabajó ese *sonámbulo*!

—Entonces debe ser un pozo de sabiduría.

—A mi esposo le quiere mucho.

—Será otro salvaje como él, dije para mi capote.

Volvió á interrumpirse la conversacion y hubo unos minutos de pausa.

—¿Y la cocinera? exclamé de pronto no sabiendo como reanudar el roto hilo de nuestro diálogo.

¡Nunca hubiera hecho tan inocente pregunta! Doña Calixta se agitó en su asiento, se puso del color de la remolacha, encendiéronsele los ojos y exclamó hecha un basilisco:

—¡No me hable usted de esa perdida, caballero! la acabo de poner de patitas en la calle.

—¡Oh sorpresa! ¿conque al fin sacó las uñas?

—Si tiene usted compasion de mis *niervos*, caballero, varíe usted de asunto.

Comprendí que algo gordo habia pasado, lo que, por otra parte, no me extrañó, y no pude menos de reirme interiormente de la candidez de la señora de Lopez.

Y en todo es lo mismo. Juzga siempre por la primera impresion que recibe, que suele ser agradable, pues en su corazón noble y generoso no caben la doblez y la falsía, y cualquiera sorprende su buena fé.

A veces se deshace en elogios de tal ó cual amiga. ¡Qué buena! ¡qué leal! pero al dia siguiente descubre en ella algun defecto, y los ditirambos se truecan en improperios, porque doña Calixta es intransigente con la hipocresía. Sin embargo, se deja engañar de nuevo con la mayor facilidad y otra vez elogia á la que fué objeto de sus iras, hasta que recibe otro desengaño, que le arranca nuevas quejas.

Así es que no se puede atar un ochavo de cominos con las opiniones de la señora de Lopez.

¡Y hay tantas como ella!

Tal vez alguno diga al leer estas líneas: —¡Calle! ¡pues si se parece á Fulana!

Anoche estuve nuevamente en su casa y me participó con gran contento é *infusion* que habia encontrado otra cocinera muy recomendable.

—Esta vez sí que no me engaño, exclamó con verdadera alegría.

—Y su marido de usted, ¿qué opina?

—Mi marido dice que no sirve para la cocina, porque no sabe cantar. Sobre esto hemos tenido hoy un fuerte altercado. Por fin, cansada de disputar, le dije:

—Pues mira, Melchor, lo mejor será que escribas tú mismo el aviso, á ver si se encuentra cocinera á tu gusto.

—Y... ¿escribió el aviso?

Aquí está.

Y doña Calixta me mostró un papel escrito.

Fijé los ojos en él y leí lo siguiente:

«Cocinera.—Se necesita una cocinera que tenga buena voz de tiple...»

No quise leer mas. Me despedí de la señora de Lopez y me dirigí á mi casa, riéndome como un descosido.

CASIMIRO PRIETO.

EL BESO

I

Me han contado que, al morir un hombre de corazón, sintió, ó presumió sentir, en Cádiz repercutir un beso dado en Canton. ¿Qué es imposible, Asuncion? . . . Veinte años hace que dí el primer beso ¡ay de mí! de mi primera pasión. . . y todavía, Asuncion, aquel frío que sentí hace arder mi corazón!

II

Desde la ciega atracción, beso que dá el pedernal, subiendo hasta la oración, último beso mental, es el beso la expansión de esa chispa celestial que inflamó la creación, y que en su curso inmortal, va de crisol en crisol su intensa llama á verter en la atmósfera del ser que de un beso encendió el sol.

III

De la cuna al ataud
va siendo el beso á su vez,
amor en la juventud,
esperanza en la niñez,
en el adulto *virtud*,
y recuerdo en la vejez.

IV

¿Vas comprendiendo, Asuncion
que es el beso la espresion
de un idioma universal,
que en inextinto raudal,
de una en otra encarnación,
y desde una en otra edad,
en la mejilla es *bondad*,
en los ojos *ilusion*,
en la frente *majestad*,
y entre los labios *pasion*?

V

¿Nunca se despierta en tí
un recuerdo como en mí
de un amante que se fué? . . .
Si me contestas que sí,
eso es un beso, Asuncion,
que en álas de no sé qué
trae la imaginacion.

VI

¡Gloria á esa oscura señal
del hado en incubacion,
que es el gérmen inmortal
del alma en fermentacion;
y á veces trasunto fiel
de todo un mundo moral;
y sino dísgalo aquel
de entre el cual y bajo el cual
nació el alma de Platon!

VII

¡Gloria á esa condensación
de toda la eternidad;
con cuya tierna efusion
á toda la humanidad
da la paz la religion;
con la cual la caridad
siembra en el mundo el perdon:
himno á la perpetuidad,
cuyo misterioso son,
sin que lo oiga el corazon,
sueña en la posteridad!

VIII

¿Vas comprendiendo, Asuncion?
Mas por si acaso no creés
que el beso es el conductor

de ese fuego encantador
con que este mundo que ves
lo ha animado el Criador. . .
prueba á besarme, y despues
un beso verás como es
esa copa del amor
llena del vital licor
que en el humano festin
de una en otra boca, al fin
llega, de afan en afan,
á tu boca de carmin
desde los lábios de Adan.

IX

Prueba en mí, por compasion,
esa clara iniciacion
de un oscuro porvenir;
y entonces, bella Asuncion,
comprenderás si, al morir
un hombre de corazon,
habrá podido sentir
en Cádiz repercutir
un beso dado en Canton.

RAMON DE CAMPOAMOR

ASTRONOMÍA

(Continuación)

Esto es sin duda lo que ha sucedido en la region situada entre Marte y Júpiter, region que es precisamente la zona de separacion de los planetas de densidad mas ó menos cuádruple de la priimera. Allí, la sustancia del anillo nebuloso, en vez de aglomerarse en una esferoide única de grandes dimensiones, ha debido resolverse en nebulosidades parciales, condensándose aisladamente y moviéndose de una manera independiente. Por los progresos de la condensación, dice Mr. Roche, estas nebulosidades han adquirido mas tarde una densidad suficiente para que la funcion (citada mas arriba) llegue á ser inferior al límite requerido; han tomado luego una forma de equilibrio, y se han hecho verdaderos planetas, pero conservando en adelante su individualidad. Tal es el origen probable del numeroso grupo de asteroides que ocupa esta region del espacio. Se les puede considerar, bajo este punto de vista, como los fragmentos de un planeta primitivo, pero este planeta no ha existido sino virtualmente, por decirlo así, habiéndose descompuesto espontáneamente en el instante mismo en que tendia á formarse.

Esta última observacion caracteriza netamente la diferencia que existe entre las

especulaciones de los astrónomos contemporáneos y las que se aceptaban al principio del siglo.

Se sabe que Olbers, despues de haber descubierto á Pallas, el segundo de los pequeños planetas, observando la igualdad de distancia al sol de Pallas y Ceres, emitió la hipótesis de que estos dos astros eran fragmentos de un planeta mas considerable, cuya esplosion habia tenido lugar por una causa cualquiera; es en uno de los nudos de las dos órbitas, que habia debido producirse la catástrofe, y resultaba de las leyes de la mecánica que los fragmentos proyectados, cualquiera que fuese su número, debian, moviéndose siempre en órbitas de inclinacion y de escentricidad diferentes, venir á pasar por el punto de partida comun en cada una de sus revoluciones.

Esta particularidad sirvió á las investigaciones ulteriores, y en efecto, dos años mas tarde Junofué descubierto por Harding en la Ballena: el nuevo planeta satisfacía las condiciones de la hipótesis. Pero mas tarde, cuando se hicieron en la misma region nuevos descubrimientos, de mas en mas numerosos, las difereencias entre sus elementos se acentuaron, la coincidencia fortuita realizada en los tres primeros planetas desapareció, y hubo que abandonar la hipótesis de una catástrofe. Sin embargo la identidad de origen no parece dudosa, y es un punto comun á la idea atrevida emitida por Olbers y á la teoría de la formacion de los pequeños planetas bosquejada por Laplace, perfeccionada en este punto, como en muchos otros, por el sábio profesor de la Facultad de Ciencias de Montpellier.

II

NUEVOS COMETAS

Puesto que acabamos de señalar los astros nuevos con que se ha enriquecido en el curso de los últimos años nuestro sistema planetario, no será fuera de propósito decir una palabra de los cometas que han hecho su aparicion durante el mismo periodo.

Su número es mucho menor que el de los planetas: se reduce á 19 cometas observados, y en este número se encuentran comprendidas las observaciones ó repariciones de muchos cometas periódicos, el de Tempel, el de Brorsen, el de Encke, el de d'Arrest, el de Winnecke. Salvo el brillante cometa de Caggia, cuya aparicion en el verano de 1874 ha sido un acontecimiento astronómico, y que ha motivado interesantes estudios y curiosas investigaciones espectroscópicas, todas estas nebulosidades han permanecido en el dominio del teles-

copio astronómico. Todos los cometas nuevos tienen por otra parte órbitas cuyos elementos son parabólicos, y nuestro sistema solar permanece siempre con sus diez cometas periódicos, ó cuyo retorno regular ha sido constatado por observaciones exactas.

Vemos con placer que la astronomía francesa ha dado en esta materia, como en los descubrimientos de pequeños planetas, su contingente de observadores y calculistas. Siete de los trece cometas nuevos han sido encontrados en el observatorio de Marsella por MM. Coggia y Borelly; es uno de los astrónomos del Observatorio de Paris, M. Leveau, que ha calculado para 1877 los elementos de la órbita elíptica del cometa de Arrest y sus efémerides, teniendo en cuenta las perturbaciones que este astro ha debido sufrir, bajo la influencia de los planetas Saturno, Júpiter y Marte, durante el curso de su última revolución.

En resúmen, el catálogo de los cometas arrojaba, al principio de este año, 326 pasajes por el perihelio, registrados desde la antigüedad hasta el presente. Así poco á poco se enriquece esta rama de la astronomía, que ofrece aún á la ciencia tantos y tan importantes problemas que resolver. Constatar la presencia de un nuevo cometa, calcular los elementos de su órbita, observar las particularidades físicas de su aspecto, cuando no es una simple nebulosidad su forma característica, son cosas que bastan para ocupar las veladas de mas de un astrónomo.

Pero independientemente de estas investigaciones que se imponen en los observatorios, los cometas, como los pequeños planetas de que acabamos de hablar, presentan elementos de observacion del mas alto interés. Son conocidos los trabajos de Schiaparelli y de los Hæck. La teoria del primero de estos dos astrónomos es considerada hoy, á lo menos en sus partes esenciales, como fuera del dominio de las conjeturas.

Hablamos de la relacion física establecida entre un cierto número de cometas y las apariciones en masas de los meteoros conocidos con el nombre de estrellas errantes.

Muchos de estos enjambres, cuya periodicidad es incontestable, deben ser sin duda asimilados á los cometas de órbitas parabólicas ó elípticas; es difícil no admitir, ó que son fragmentos cometarios que siguen el mismo camino que la masa principal de que se han desprendido, ó bien que for-

man esta masa misma, en una palabra, que no son otra cosa que cometas cuya materia atraviesa la tierra, encontrándola diseminada en largos regueros de forma elíptica ó parabólica.

PAUL BERT.

(Continuará.)

MISCELANEA

En el Teatro de la Alegria:

—Mira, mira qué *bagre* aquel que fondea en la cazuela, dice un jóven de la platea á otro que está á su lado.

—Es mi hermana, responde éste en tono resentido.

—¿Cómo? . . . Tu hermana? . . . Ah! sienta mucho que no conozcas la mia. . . es mucho mas *bagre* que la tuya.

—¿Es posible? esclama aquel algo suavizado.

—Palabra de honor!

Y los dos jóvenes quedan tan amigos como ántes.

Dice un periódico de Madrid que en el teatro de Toledo se ha representado *La Pasionaria con tal verdad*, que la catástrofe del acto tercero ha estado á punto de no ser una ficcion, sinó una catástrofe en toda la estension de la palabra.

Se cuenta que la atriz encargada del papel de protagonista dió al actor que desempeñaba la parte de Justo una puñalada que le penetró dos centímetros en el costado izquierdo, un poco mas arriba de la region del corazon.

A pesar de sentirse herido, el actor, cumpliendo su deber artístico, *se hizo el muerto*, para terminar con propiedad el drama.

Llamó la atencion de los numerosos concurrentes el brindis del Señor Arzobispo Aneiros en el lunch que tuvo lugar el Domingo último con motivo de la bendicion de la iglesia parroquial de San Cristóbal.

El Sr. Aneiros prodigó los mayores elogios á la madrina de la fiesta, la distinguida señora de Victorica, con motivo de sus importantes servicios como Presidenta de la sociedad *Damas de Misericordia*, la cual, debido á sus esfuerzos y dedicacion, se encuentra hoy en una altura á que nunca habia llegado.

El Sr. Arzobispo se estendió en consideraciones respecto á los méritos y virtudes de la mujer argentina, presentándola como obrero infatigable de religion y caridad.

**

Un jóven noticiero que hace su primera campaña, lleva al periódico la reseña de una reunion pública y en ella ultraja cruelmente á la gramática.

—Pero hombre, le dice el director al leerla, si no hay en ella ortografía.

—¡Oh! responde desdeñosamente el Reporter, la reunion no ha tenido importancia.

**

Habia en la Campaña del Paraguay, un capitan muy afecto á empinar el codo, lo que nada tiene de estraño.

Su asistente, que compartia las aficiones de su capitan, solia, de vez en cuando, beber el resto del líquido que su jefe guardaba para mas tarde.

A fin de evitar estos ataques á su propiedad, que solian llevarle tambien, de vez en cuando, algunos compañeros de armas, el Capitan puso en el gollote de su botella este letrero: *Veneno*.

Esta única palabra puso á raya á los báquicos amigos de lo ageno.

Un dia, sin embargo, encontróse el bueno del capitan con su asistente que empinaba melancólicamente el contenido de la terrible botella.

—¿Qué haces desgraciado? exclamó el capitan. ¿No sabes que bebas la muerte?

—No importa, Capitan. Lo he visto beber á Vd. y quiero acompañarlo al sepulcro.

**

El Album del Hogar lleva hoy los siguientes materiales:

Conversacion, poesia, por Farias.—La ofrenda de la viuda, por Mariano A. Pelliza.

—Un amor transitorio, por José A. Donoso.

—Ante un cadáver, poesia, por Manuel Acuña.—La señora de Lopez, por Casimiro Prieto.—El beso, poesia, por Ramon de Campoamor.—Astronomía, continuacion, por Paul Bert.—Miscelánea.—Traslacion.

TRASLACION

La direccion y Administracion de EL ALBUM DEL HOGAR se han trasladado á la calle Ayacucho núm. 800.

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

APARECE LOS DOMINGOS

REDACCION ANÓNIMA

ADMINISTRACION, AYACUCHO 800

EL ALBUM DEL HOGAR

BUENOS AIRES, FEBRERO 24 DE 1884

UN AMOR TRANSITORIO

(Continuacion)

Es sabido que despues de un temblor siguen los interminables comentarios. D. Tiburcio se puso á presidir un círculo de peones y birlocheros, donde se contaron maravillas. D. Pacífico, que el miedo habia hecho olvidarse de su sobrina, se dirigió al cuarto de ella para informarse de lo que le hubiera sucedido.

--Muy bien lo ha hecho, tío! dijo Susana; si no es por el joven con quien hemos cenado, no habria podido salir.

--Cómo así? lo único que ví fué que te tenia cargada en sus brazos, sin duda á causa del barro.

--Yo no sé si fué efecto del susto, el atollondramiento ó de mis pocas fuerzas, que no pude abrir la puerta: yo lo llamaba á V., pero en vano; en fin, ese joven, mas atento que V., me sacó de apuros rompiéndola de un empujón.

--Gracias á Dios, nada ha sucedido; ya son cerca de las tres de la mañana; si quieres dormir, todavía lo puedes hacer, ó si no haremos que se apronten para salir apenas aclare.

--Eso será mejor.

Los otros viajeros hicieron lo que D. Pacífico, y poco rato despues toda la posada estaba en movimiento. D. Tiburcio hizo encender luces y calentar agua para tomar mate; esta vez lo acompañó D. Pacífico á causa del frio que era bastante agudo. Luis se paseaba pensativo y en silencio debajo del corredor; parecia preocupado por alguna idea. Su mozo tambien le ensillaba el caballo, y aunque pronto concluyó, esperó sin embargo la partida de sus nuevos amigos.

Como á las cinco D. Pacífico y su sobrina se despidieron de Luis, prometiéndose volver á verse en Santiago. Susana le dió las gracias con una sonrisa encantadora por el

servicio que le habia prestado. El joven, inmóvil y con la vista fija, siguió largo rato el carruaje hasta que por fin murmuró:--Diantre! parece que estuviera empezando á enamorarme!

IV

Luis, apenas llegó á Santiago, cayó redondo á la cama; no es broma salir caliente y estarse dos ó tres minutos sobre el barro con los piés desnudos. Dos dias de una fiebre bastante violenta hicieron que olvidara cuasi á la niña que toda una noche tanto lo habia preocupado. Ninguno de sus amigos lo habia visto aún, porque ignoraban su llegada, y al fin de los dos dias solo se presentó uno; éste era D. Tránsito Quiñones.

Luis tenia muchos amigos, pero á ninguno le libró jamás su corazón; por todos ellos tenia simpatía, pero con ninguno confianza, ni la solicitó tampoco de los otros. Encontraba que la amistad de este modo era la mejor, porque se pierde luego que llegamos á conocer el fondo de nuestra alma. Quizá tenia razon. Cuando llega ese momento crítico, es decir, la época de la entera y completa intimidad, el amigo desaparece como humo y deja ver al hombre desnudo, sin el barniz con que se habia cubierto, retirándose avergonzado nuestro corazón por haber querido á una criatura que, si no era inferior, era al menos igual á nosotros; y yo tengo para mí, que profesamos un alto desprecio por nuestro individuo, porque es el único á quien podemos completamente conocer, á pesar de que vulgarmente se dice que nadie se conoce á sí mismo.

D. Tránsito Quiñones es uno de los mas dichosos mortales que existen (mas de un lector lo conoce sin duda.) Nunca sufre de frio porque su casa en invierno es un conservatorio; de calor menos: su quinta á una legua de la capital le proporciona sombra amena y agradable fresco en verano. Su delicado estómago, delicado en cuanto á que es difícil contentarlo, encuentra diariamente mil delicias en una mesa servida con profusion y que nada deja que desear al gusto del mejor gastrónomo por lo escogido y suculento de los manjares. A las

once ó doce del dia se levanta, y siempre hay á esa hora amigos que lo esperan en la sala, que han venido á informarse de su interesante salud, cada dia mejor, y á acompañarlo á almorzar. Hasta la hora de comer se ocupa en tertuliar con los jóvenes (él tiene treinta y ocho años sonados) sobre chismes, mujeres, casamientos, etc., y un poco de maledicencia, sin lo cual no hay conversacion que pueda sostenerse. Después en la tarde vá á decir la comida á paseo; allí reparte sonrisas y saluciones á cuanta niña encuentra, porque á todas las conoce: ser amable y político es uno de sus lados flacos y una de sus buenas cualidades.

En política siempre está con el que manda, y profesa una alta veneracion por todo lo que huele á poder; una de sus mas grandes aspiraciones, aunque esto á nadie se lo confiesa, es llegar á ser un dia diputado, y en verdad que no sé porqué no lo han hecho aún. Es indiferentista en materia de religion, y sin embargo les tiene miedo á las ánimas y al diablo; oye misa y se confiesa sólo por el *qué dirán*. Está tambien asentado en todas las cofradías, y segun creo, es hasta miembro de la sociedad evangélica.

Vanidad tiene hasta por los colos. Cerca del bello sexo se cree irresistible, y el número de sus conquistas, segun él cuenta, es muy subido. En cuanto al talento, nada digo; todos para él son tontos. Cree de muy buena fé que habla las lenguas de Corneille y Shakespeare porque sabe decir: *comment vous portez vous* en francés y *how are you* en inglés. Tambien se cree literato porque sabe dos ó tres versitos de memoria y ha leído el *Solitario* y el *Sitio de la Rochela*. Con esto y con hablar de cuando en cuando de la raza latina y anglo-sajona, ha llegado á persuadirse que es todo un personaje.

Pero en este mundo no hay nada de cabal; D. Tránsito no es completamente dichoso. Puede con razon decir junto con el poeta:

«Quién no lleva escondido
Un rayo de dolor dentro del pecho!»

Pesa sobre él una desgracia, ó mas bien, una fatalidad que viene siempre á enturbiar sus mas caros gozes; no es de una familia ilustre! Su padre, hombre de baja condicion, á fuerza de honradez, constancia y laboriosidad, consiguió adquirir una fortuna considerable, y murió respetado de sus iguales, con una alma tranquila, dejando á su único hijo por heredero. Ah! si él hubiera subido cuántas veces despues de muerto iba á ser renegado por su propio hijo, justamente por aquel á quien habia consagrado su vida laboriosa, quizá se hubiera contentado, en lugar de aspirar á la riqueza, con una módica suma que le hubiera dado lo suficiente para vivir con comodidad. Su hijo se encontró rico de repente y en medio de una sociedad orgullosa y vana que exige, además de la fortuna, un título de caballero; el pobre D. Tránsito tuvo la desgracia de nacer plebeyo con bolsillos de patrio, y como por esto último se viera obligado á rolar con personas de buena familia, para no ser menos que ellos en mas de una ocasion tuvo que renegar á su padre.

Desgraciadamente muchos lo habian conocido, y por mas empeños que hizo para ocultar esa *mancha*, la sociedad no dejó de considerarlo mas que como á D. Tránsito el rico.

Tal era el amigo de Luis. Por lo demás, alegre y siempre de buen humor, su compañía era cuando menos soportable; generoso y amigo del lujo y la ostentacion, muchos de los que se decian sus amigos lo explotaban sin piedad; como todos aquellos que la fortuna eleva de una esfera inferior á otra superior, tenia sus pequeñeces; pero haciéndole justicia, es preciso confesar que trataba de corregirse en cuanto podia.

—Qué es esto? dijo entrando al cuarto de Luis, en la cama á las doce del dia? ni yo que soy la persona que mas tarde se levanta en Santiago.

—Amigo D. Tránsito, es que estoy enfermo.

—Enfermo? no lo sabia, ni tampoco su llegada, sólo anoche en casa de doña Fortunata, por unos parientes que les han llegado de provincia, supe que lo habian encontrado á V. en el camino, y con razon me imaginé que ya debia V. estar de vuelta de su viaje al Sur.

—En efecto; pero como V. lo vé, á mi llegada á Santiago me ha recibido una malita fiebre que me tiene en cama.

—Lo siento, porque venia á convidarlo para ir esta noche á casa de doña Fortunata: D. Pacifico está encantado de Vd.

—Pero, amigo, yo no visito en la casa. —Qué importa! yo lo presentaré. Además, una señora como doña Fortunata, de tan buen tono!

—Vaya! se conoce que sus amores siguen bien, amigo.

—Al contrario, ¿Lo dice Vd. por mis amores con Manuelita? todo está concluido.

—¿Cómo así?

—Despues de haberme dado algunas esperanzas, encuentra ahora que no soy bastante jóven; ¡bastante jóven! . . . al contrario, soy demasiado jóven, tengo exuberancia de juventud, y es por lo que tanto deseo casarme. Y ella creerá tal vez que yo no sé que tiene veinticinco años?

—Mujeres no faltan, D. Tránsito.

—Por cierto, y menos para un hombre como yo, dijo D. Tránsito con cierto aire de importancia.

Sin embargo, le habian faltado. Un dia se puso á reflexionar, y se dijo para sí:—Pretenden que yo no soy caballero, pero soy rico y como tal se me abren las puertas de todas las casas; soy además bien educado y tengo talento, por consiguiente cualquiera hija de familia *respectable* se dará por muy contenta si yo la solicito, y luego que consiga casarme con ella, nadie dirá ya que soy plebeyo.

Se puso á correr la sociedad en busca de una familia *respectable* para casarse; pero tuvo la desgracia de no encontrar ninguna. Una vez, sin embargo, creyó ver coronadas sus esperanzas. En una casa de alto copete, donde habia niñas buenas mozas, lo recibieron y agasajaron como á cosa preciosa. No dudó por un instante de que no lo admitieran gustoso como miembro de la familia, y en consecuencia se puso á hacerle la corte á la que mas le agradó de las niñas. Cuando creyó llegado el momento de decidirse, se dirigió al dueño de casa.

—Señor, le dijo, alentado por la favorable acogida que me ha dispensado su *respectable* familia, y encantado por otra parte del amable carácter de todos sus miembros, me he decidido á solicitar su beneplácito para formar parte de ella.

—Amigo mio, le contestó el dueño de casa lleno de alegría, no podia hacerme una propuesta que mas gusto me diera.

—Mi eleccion ha recaido sobre la hija menor de V., niña amable y encantadora.

—Cómo! dijo el padre retrocediendo con gesto furibundo, osa Vd. pretender á la mano de una de mis hijas?

—Y de quién cree Vd. entonces que le hablo?

—De la Marica, mi hermana.

—Caballero, Vd. está loco, dijo D. Tránsito saliéndose furioso.

Esta Marica era una mujer como de treinta años, fea y sorda. Viendo la imposibilidad de que encontrara jamás marido, su hermano creyó desembarazarse de ella casándola con D. Tránsito; pero sus cálculos salieron errados, pues habia creído que este caballero de nuevo cuño tendria gran gusto en llamarlo cuñado.

—Vea Vd! se dijo, las pretensiones de este pobre hombre, quererse casar con una de mis hijas! Parece que hubiera olvidado lo que es!

—Háse visto un orgullo semejante! exclamaba D. Tránsito; no se diria que sou condes ó duques?

Y aunque así fuera, si soy digno de casarme con su hermana, no lo he de ser para casarme con su hija? Por lo que veo, la mujer que no es favorecida por la naturaleza pierde sus títulos aristocráticos.

JOSÉ ANTONIO DONOSO.

(Continuará.)

CÁRMEN

Era blanca, y su blancura
En negro traje envolvía,
Y á mis ojos parecia
Alborada en noche oscura.

Rubia cabellera undosa
Coronaba su donaire,
Y suelta al flotar, el aire
Era un aliento de rosa.

Sobre el azul de sus ojos
Brillaba húmedo reflejo,
Y ese azul era el espejo
De mis amantes antojos.

De su boca eran agravios
Sus lábios angelicales
A los mas rojos corales
De los mas hermosos lábios;

Color que á besar convida
Era su color, y presos
Túvulos en red de besos
La pasion en mí nacida.

Era blanca, como que era
El alba de mis amores,
Primera flor de las flores
De mi hermosa primavera.

Oí el canoro aleteo
De sus fugitivas álas;
Iba entre virgíneas galas
Dando vida á mi deseo.

Suspiré, de amor rendido,
Ella suspiró tambien;
Sonó un beso, fueron cien,
Fueron mas, que no lo olvido.

¡Cómo trascendiendo aromas
Soplaba el ambiente manso,
Y en la agua azul del remanso
Se bañaban las palomas!

¡Cómo estaban de rocío
Las caléndulas cuajadas
En las fértiles quebradas
Del musgoso lomerío!

¡Qué sol aquel sol naciente
Envuelto en andasos tales,
Y que entre montes azules
Orlaba de oro su frentel!

¡Y qué espléndido aquel sol
De la luna perseguido,
Que al morir se está tendido
En un lecho de arrebol!

Sobre las rotas almenas,
¡Qué pardas las golondrinast
¡Qué abejas tan peregrinas
En las blancas azucenas!

Al mecerse ¡qué elegante
La palmera en el espacio!
Era palma de topacio
Bajo un cielo de diamante.

Cada pájaro en la enhiesta
Arboleda era una lira,
Era un chal de Cachemira
Sobre el valle la floresta.

La onda al mar rodaba ufana,
Y al rodar copiaba la onda
Claro cielo, oscura fronda,
Mirlo alegre y flor galana.

Todo estaba bajo el velo
De fantásticos antojos
Que amor tiende entre los ojos
Del alma y la luz del cielo.

¿Y despues? Ya puesto el sol,
Su arrebol no dora el monte?
Ella es en el horizonte
De mi vida ese arrebol.

AGUSTIN F. CUENCA.

MI GABAN

Era de casimir un tanto burdo por lo grueso y un tanto respetable por lo largo, como que me llegaba hasta las pantorrillas. Pero así mismo, por lo burdo me cubria del frio, en toda la estacion del invierno, y por lo largo me servia de elegante *habit*, en verano, allá por los años de 186... en que la moda prescribia á la elegancia masculina un leviton largo y cerrado á manera de vestido de sacerdote protestante. Verdad es que siempre fué la moda coqueta, en el sentido de rendirse á todos los cultos, y no hay para ella regla permanente.

Por ese entonces, era yo un simple carolino, aunque, por mi ambicion y pretensiosos alcances, me soñaba un escritor hecho y derecho: vanidasilla era todo, vanidasilla de estudiante engreido; pero que me hinchaba como los globos de papel, que en dias de dias, ó aniversarios del Rector, se hacen surgir en los colegios.

Oh! mi gabán era por aquella época mi todo, mi diablo familiar, y en Dios creia y en él adoraba, salvo una que otra chica de lindo palmito, á quien en morado y oloroso papel se lo decia como quien no comete sinó pecado venial en mentir.

Era, recuerdo, de color plomo ribeteado con cintas negras, que cada año las remudaba para conservarlo flamante; pues el género tenia la virtud maravillosa de no desmerecer á la vista, á pesar de sus campañas invernales y veraniegas.

¡De cuántos secretos fué confidente, cuántas escursiones hice en su compañía! Si hablára, si hablára, cuántas cosas diria! De seguro que con todo lo que él presenciaba podia escribirse muchas páginas: recitaria *ad pedem literæ* toda la Instituta de Justiniano, que me acompañó á recorrer desde los fumosos cuatro principios de la jurisprudencia romana: *honeste vivere* . . . hasta el Digesto, no menos famoso; escribiria un libro que se podria intitular «Ilusiones»; se volveria poeta, describiendo las mañanitas alegres pasadas en la huerta de Matamanatinga, si no me equivocó, hoy Palacio de la Exposicion, donde al pié de los chirimoyos, hacia la vida de estudiante; y luego en las tardes de verano, doradas todavia por el sol, recordaria las sabrosas lecturas de Misol, chelet, los divertidos viajes de Auncarsis, y haria desfilar desde Virgilio hasta Pierre Veron, á toda una pléyade de poetas y presistas, que se han ocupado de dar al sentimiento y á la idea, los mil matices del iris

para recreo y solaz de sus semejantes. ¿Quién habia de profetizar su lastimero fin? Un dia fué bastante para terminar *per sæcula seculorum* su mision sobre mi cuerpo.

Pues, señor, la historia es interesante y merece un párrafo: les he dedicado tantos á quienes no prestaron tan útiles servicios!

Si el sastré lo hubiera visto en las últimas, de seguro que hubiera derramado lágrimas cada gota del tamaño de una almendra pelada.

Inseparable de mí, era un otro yo, nos habíamos identificado de tal suerte, que mis amigos me distinguian de á legua. Algunas vecinas murmuradoras, decian al verme pasar:—allí vá el leviton.

Ay! qué contento,

Ay! qué placer

Sentía al verme

Con mi gabán!

Todas las chicas

Se alborotaban

Y se decian:

—Mira, allí vá.

Y las tenia tan alborotadas, que le habian jurado guerra á muerte. Mis amigas se hacian lenguas para que yo le abandonara; pero yo mas fiel que un poeta á las musas. Mientras una me decia:—¿Se vá V. á enterrar con el gabán?—añadia otra: ¿Cuándo murió el difunto?—y agregaba una tercera:—¿Se ha metido V. á suertero?—No, es que le tengo ley—les contestaba llanamente.

Las vecinas de la parroquia le habian señalado durante el año, y habian hecho promesa de *ahogarlo* dentro de una tina. Pero él salia bien librado de estas emboscadas, que cada año las repetian en vano y se preparaban á llevar á cabo durante los tres dias de carnaval.

Lo que no sucede en un año sucede en un dia. Llegaron los dias de locuras. Pasó el Domingo bien. Pasó el lunes muy bien. Llogó el martes, último dia. Estaba este designado en el libro del destino; y no pasó el martes. Sucedió que, despues de haber terminado el fragor del juego, me llamaron á parlamento del balcon de mi vecina, enseñándome para el efecto un pañuelito blanco de olan batista.

Era preciso que mi vecina fuera una chica mas dulce que el manjar blanco, mas bonita que un jardin, mas viva que la alegria, y con unos ojos, que son mi nona de pasionaria, para exponer á una celada á mi histórico gabán.

—Conmigo es eso?—la dije colocándome á respetable distancia.

—Con V., vecino.

—Otro día.

—No tenga V. miedo, acérquese.

—No es miedo, vecinita, sino precaución.

—Jesús! qué vecino tan cohardel!

—Es el caso que V. es una enemiga temible.

—Se equivoca Vd.

—Pues, no estoy sintiendo?...

—Qué siente V. si está sequesito?

—Me promete V....

—Le prometo no mojarlo.

—Entónces voy.

—Venga V. sin cuidado.—Y avancé unos cuantos pasos hasta comprometer medio cuerpo, dejando un flanco libre para tomar la retirada en caso de ataque; puesto que el otro flanco del lado izquierdo estaba ya tomado por la avanzada que me habían enviado sus ojos, y era imposible librar esa parte.

En semejante posición, nada ventajosa, en verdad, procuraba tomar al enemigo, que colocado en las alturas del balcón, solo estaba al alcance de mis tiros de cañón, vulgo zalamerías, no pudiendo hacer uso de la infantería, vulgo suspiros, ni poder maniobrar la caballería, vulgo apretones de mano.

—Vecina, dónde está V?

—Aquí, vecino.

—Me va V. á tomar á traición?

—Sí y muy leal.

—Todas las mujeres dicen lo mismo, principalmente las hermosas como Vd.

—Adulón.

—Digo la verdad.

Y mi vecinita me echó una sonrisa conquistadora y dejó ver una hilera de dientes, que no eran dientes, sino perlas. A medida que el diálogo se animaba, iba olvidando que estábamos en combate, que se trataba de un simple parlamento, y me entraban unas ganas de mirarla de mas cerca, de estrecharla sus manos, que se traslucía en mi semblante. Para achaques de conocer semblantes se pintan las hijas de Eva; así es que aprovechando de la confianza en que estaba de mí mismo, volvió á decirme:

—Vecino, suba Vd.

¡Adios campaña! Adios gaban!

Entro, subo la primera escalera, que terminaba en un descanso, ó entre suelo; cuando ¡agua va! siento una lluvia nutrida, compacta, que cae sobre mi cabeza, me aplasta el *chapeau*, que era de pelo, me ciega, me aturde y me hace exclamar ¡traición!

Al instante siento dos robustos y escamosos brazos de una *zamba* que me estrechan por la cintura, mientras unas manitas delicadas y suaves me asen de las mias.

—A la tina! á la tina! grita una multitud de voces correspondientes á otras tantas mujeres, que saliendo de diferentes partes, se precipitan sobre mí, me alzan en peso, como una pluma, me llevan por los aires, en medio de una gritería infernal, de la que solo percibo esta frase—cayó el vecino leviton—me sumerjen en una enorme tina llena de agua teñida de azul, carmin y otros colores; yo entre tanto, con el sombrero enterrado hasta los ojos, protesto, invoco, suplico, digo—basta! basta! nada, adentro y agua conmigo, con mi pobre gaban, en cuyo trágico fin pensaba ya en esos momentos; y así en tal estado, hecho una sopa, me dejan, me abandonan, y para mayor encarnio, cuando acierto á sacar la cabeza distingo á mi vecinita que desde lejos, con el pañuelo blanco envuelto al cuello me decía consorna y aire satisfecho—vecino, ahora paz!

Pobre gaban! Ningun tintorero, ningun sastre, ni el mismo que lo hizo, pudieron quitarle las manchas horribles que la pintura impregnada le habia causado. Lo puse en el mas humilde de los rincones de mi cuarto, por lo invisible; y allí estuvo hasta el día en que se lo obsequié á un negro viejo, aguador jubilado, cuyas espaldas cubrió por mucho tiempo.

Así son todas las cosas del mundo. Cuando mas estimacion les tenemos, cuando mas cuidado ponemos para conservarlas, una debilidad nuestra, un vano deseo que nace halagado por nuestras esperanzas, es la causa de que desaparezcan, y de que las perdamos para siempre.

PAULINO FUENTES CASTRO.

¡¡ RUSKA !!

BALADA PERSA

I

Duerme el huracán, y sin embargo, el desierto se estremece y tiembla como si el gigante de alas invisibles despertara bajo su lecho de arena.

Las fieras se olvidan de perseguir su presa para lanzar ahullidos de dolor, tendidas sobre las osamentas de sus víctimas en el antro mas oscuro de las cavernas de la montaña.

Brillan las estrellas en el cielo con lu-

ces extrañas que no alumbran, como las miradas de los muertos.

La crecencia vá á morir, y las 7 zonas de la tierra, hechas polvo, se esparcirán en lo infinito bajo el soplo de la desgracia.

Es que Ruska, la vírgen pálida de los cabellos de oro, suspira y sufre.

Encerrada en su cabaña, diez veces el sol alumbró la tierra sin que sus rayos besaran su frente, diez veces se hundió en lo insondable sin que los ojos de Ruska le dieran la acostumbrada y postrera despedida.

Oh! hija del desierto, palmera la mas hermosa de su oasis! ¿porqué no cantas, ni prestas luz al cielo con tu mirada, ni alegras al mundo con tu sonrisa?

Tu padre no puede verte: el ángel de las tinieblas cerró por siempre sus ojos á la luz; pero cuando estás cerca de él, siente el angustioso latir de tu corazón: y quema su rostro el aliento de tus lábios, rojos como las nebrinas del bosque.

Mas óyese una voz que canta; ¿quién se atreve á turbar el silencio precursor de la muerte?

«Yo soy la vírgen del desierto, de ojos azules como la montaña que se aleja, de cabellos rubios como las hebras de oro del sol que muere.

«Mi corazón era feliz: mi madre lo llenaba; pero he visto á Niebli, el hermoso y fiero cazador de leones, y le he entregado mi alma.

«¿Qué he hecho, desgraciada!

«Yo voy hácia Niebli como las agnas del torrente hácia su cauce, con irresistible impulso.

«Pero yo no puedo amar á nadie: juré ante el lecho de mi madre moribunda ser siempre la vírgen del desierto.

«Y si faltó á la promesa, su alma será maldita, y su cuerpo desenterrado y devorado por las hienas y los perros.

«No puedo amarte Niebli; he de morir.»

¡Pobre Ruskal

II

Ruska ha recorrido el bosque todo el día: hasta ha olvidado á su viejo padre: cuando vuelve á su cabaña, trémula y convulsa, la cabeza en desórden.

—¿Porqué están destrenzados tus cabellos, hija mia?—le pregunta el anciano.

—El viento azotó mi rostro con sus alas, padre mio; él deshizo mi tocado.

—¡Maldito el viento!

Ruska habia visto á su amante, y las manos de éste enredaron sus trenzas al jugar con ellas.

Otro dia salió; al volver traia los ojos encendidos y las mejillas húmedas por lágrimas de fuego.

—¿Porqué derraman lágrimas tus ojos?—
torró el anciano á preguntar.

—Padre mio, he corrido mucho y el viento me cegó con las arenas.

—¡Maldita arena!

Ruska vió otra vez á su amante, que la cubrió de besos haciéndola llorar.

De nuevo salió: trajo el rostro lívido y sus ropas desgarradas.

—¿Porqué están desgarrados tus vestidos?
—dijo el anciano por tercera vez.

—Padre, he perseguido mariposas entre las zarzas; ellas me punzaron y rompieron.

—¡Malditas las zarzas!

La doncella habia visto de nuevo á su amante, él desgarró sus ropas, estrechándola entre sus brazos.

¡Pobre Ruska!

III

¿Do vá la virgen de las trenzas rubias como espigas?

¿Do camina, sola, baja la frente, rojos los ojos y los labios secos?

Sube con paso incierto el áspero sendero de la montaña.

Donde fija su planta, la tierra ennegrece y muere.

Pero ya llega... se inclina, y algo murmuraba que parece una oracion.

¿Qué hay allí?

¡Ah! es una tumba!

Y de ella se exhala fétido vapor, y las hienas y los perros pugnan por remover la tierra y devorar los despojos.

Se sienta... Vá á descansar sin duda. ¡Ah, qué horror!! sepulta un cuchillo en su corazón!

Ya duerme el sueño eterno.

En aquella fosa hay dos cadáveres.

Y un alma vagabunda grita en el espacio:

«Maldita, maldita, maldita!»

¡Pobre Ruska!

LA ENVIDIA

Helado el corazón y el alma loca,
Implacable en el odio que la inspira,
Ennegrecen sus ojos cuanto mira

Y mancha con sus manos cuanto toca.

El bien ajeno su furor provoca,
Y en las sordas tristezas de su ira
Envenena el ambiente que respira,
Y esa lengua un puñal y eshiel su boca.

Así nace, así vive, así perece:

El tormento que mas la desespera
Está en el menosprecio que merece.

Y si alguna virtud tener pudiera,
Con el rencor que todo lo aborrece,
A sí misma tambien se aborreciera.

JOSÉ SELGAS.

ASTRONOMÍA

(Continuacion)

III

Así la astronomía cometaria vuelve á encontrarse ligada á lo que se llama astronomía meteórica. Este capítulo de la física celeste, si no del todo nuevo, al menos poco antiguo, es objeto de una atención especial, sobre todo en el extranjero. Actualmente un comité inglés reúne todos los elementos para un informe completo sobre los meteoros luminosos observados durante el año; basta citar los nombres de algunos de los sabios que componen este comité, para darse cuenta del valor y la autoridad científica de este informe, que es presentado ordinariamente á la *Asociación Británica para el adelanto de las ciencias*; J. Glaisher, Grey, Forbes, A. J. Herschell, son conocidos por sus trabajos en meteorología y en astronomía. El informe es rico de hechos, de observaciones preciosas recojidas en todos los sitios del mundo, y menciona con una abundancia de detalles que nunca se alabará bastante, todas las apariciones de meteoros, sea aislados, sea en grupos; caídas de piedras, meteoros detonantes, bólidos, lluvias ó chubascos cósmicos.

El tiempo y el lugar de la observación, el diámetro aparente del bólido, su color, la duración de su aparición, la posición y la longitud de la trayectoria aparente, su dirección, el punto del cielo de donde emana (su punto radiante) cuando es posible, la figura del meteoro en fin, son otros tantos elementos consignados en un cuadro que no es sino una parte insignificante del informe. Se comprende de qué importancia pueden ser tales datos cuando sean comparados y discutidos. Limitémonos á mencionar un hecho curioso, citando al astrónomo que ha estudiado todos sus detalles.

«El 27 de Noviembre de 1877, á las 10 y 26 minutos de la noche, tiempo medio de Greenwich, estando el cielo claro, percibí un bólido, de tipo normal, que descendía de un punto situado á 6 grados próximamente arriba de la estrella Castor hasta cerca de 5 ó 6 grados á la izquierda de Sirio. El meteoro, al principio, tenía el brillo de una estrella de primera ó segunda magnitud, y despues de haber recorrido un tercio ó un cuarto de su curso, acreció súbitamente su brillo y su volúmen, y se presentó como un bólido de un blanco azulado, cuya estela, de color azul, rojo y despues verde, tenía algunos grados de longitud.

En este momento el núcleo en forma de pera tenía de diez á doce minutos de diámetro (un poco menos que la mitad del diámetro lunar). Hacia el medio de su trayectoria, empezó á disminuir de brillo y á tomar un color rojo pálido, y despues su movimiento se hizo hasta el fin tan lento que parecia estacionario. Entonces se mostraba al través de una débil niebla, y su brillo era igual al de Sirio. He contado 22 segundos para su duración, teniendo presente el tiempo transcurrido antes de que yo empezara á contar; pero luego he avaluado esta duración en 15 ó 16 segundos, estando ciertamente comprendida entre 15 y 20 segundos. La estela estaba ligeramente encorvada hacia Orion. El sitio de la observación se encontraba una media milla al Este del observatorio real de Greenwich.

Lo que dá sobre todo interés á esta observación, es el hecho que el mismo meteoro ha sido visto en otros dos puntos por M. H. Corder en Writtle, cerca de Chelmsford, y en Bristol por la Sra. Ursula Ware, y que los datos recojidos en esta triple observación han permitido á M. Tupman calcular los elementos reales de la trayectoria recorrida. Cuando el meteoro hizo su aparición, estaba á una altura vertical de 56 millas (90 kilómetros) mas abajo de la embocadura del Támesis, á 11 millas al Norte de Margate. Se movía en la dirección S. 26 gr. E., en una trayectoria inclinada 35 grados sobre el horizonte; desapareció á una altura vertical de 13 millas (21 kilómetros) bajo un punto situado á 12 millas al Oeste de Saint-Omer. Para llegar á determinar los elementos completos de esta órbita, M. Tupman ha calculado su movimiento relativo, que era de 5 millas y cuarta por segundo, correspondiente á una velocidad orbital de 20 millas, un poco inferior á la velocidad de traslación de la Tierra.

En una palabra, el bólido del 27 de Noviembre de 1877 se mueve en una órbita elíptica cuya velocidad es de 0,1568 próximamente, y cuya mitad del eje mayor comparada á la distancia media de la tierra al sol, es de 1,1691, es decir, de 170 millones de kilómetros. El período de su revolución es de 462 días. Una diferencia en el cálculo de la duración de la visibilidad del meteoro modificaría los elementos de la órbita, pero sin cambiar sensiblemente la mayor parte de ellos.

M. Tupman hace observar que algunos astrónomos han reconocido la existencia de una agrupación meteorológica cuyo punto radiante es mas ó menos el mismo que el del bólido de 27 de Noviembre, y que hace su aparición periódica próximamente en la misma época; pero no se ha podido determinar aún la velocidad aparente de los meteoros de esta agrupación. Si se llega á constatar la permanencia del punto radiante, y la lentitud del movimiento aparente, habrá una gran probabilidad de que existe un anillo meteorico de una forma casi circular que ocuparía la posición determinada por los elementos de la órbita calculada como acabamos de decirlo. Lo que aumenta el interés de estas investigaciones, es el hecho de que hasta aquí la mayor parte de los bólidos cuya órbita ha podido calcularse aproximativamente siguen trayectorias parabólicas; para un número muy corto se han encontrado elementos hiperbólicos. En el caso particular mencionado, la órbita elíptica sería menos escéntrica que la de Marte. En una palabra, sería una órbita comparable á la de un gran número de pequeños planetas.

El Informe sobre los meteoros luminosos es redactado por M. S. Herschell, hijo de sir Jhon Herschell, que consagra con una dedicación especial su tiempo libre al estudio de la astronomía meteorica. Podríamos agregar aún muchos hechos curiosos, tales como la caída de piedras que tuvo lugar en Soko Banya al noreste de Alexinatz el 13 de Octubre de 1877, los bólidos detonantes observados el 20 de Noviembre del mismo año en diversos puntos de los Estados Unidos y el 23 en Inglaterra, las observaciones de la mayor parte de los enjambres meteoricos; los Lyrídes de Abril, los Perseides que hicieron su aparición hácia el 10 de Agosto, los Leonídes que han vuelto á ser observados en los Estados Unidos y en Inglaterra, en la noche del 14 de Noviembre.

Los dos mas famosos de estos enjambres son los de Agosto y de Noviembre, que,

como se sabe, completan sus revoluciones, el primero en 108 años y el segundo en 33, y cuyas órbitas son idénticas á las de los cometas de 1862 y de 1866. Una descripción detallada nos llevaría demasiado lejos. Nos limitamos, para dar una idea de la riqueza de los materiales de observación que forman la rama particular de la astronomía denominada *astronomía meteorica*, á enumerar los diversos fenómenos que ella estudia.

Estos son: en primer lugar los *meteoros telescópicos*, que exigen, como su denominación lo indica, el empleo de los instrumentos para ser vistos. El profesor Newton, de los Estados Unidos, ha llamado la atención sobre estos meteoros invisibles para el ojo desnudo, y cuyo número es probablemente mucho mayor que el de aquellos cuyo brillo hiere nuestra mirada;

Las *estrellas errantes*, perceptibles á la simple vista, y cuyo brillo es comparable al de las estrellas fijas;

Los *bólidos y globos igneos*, meteoros del mayor brillo, comparable al de los planetas Júpiter y Vénus, al de las diversas fases de la Luna, y que algunas veces rivalizan con el sol, produciendo al presentarse una luz semejante á la del día;

Los *meteoros detonantes*, ó bólidos cuya explosión se asemeja á la de una pieza de artillería, al retumbo del trueno, ó la sacudida de un temblor de tierra;

Las *caídas de piedras* ó de masas metálicas. A los fragmentos de estos meteoros se les dá el nombre especial de aerolitos ó mejor de meteoritos, sea que caigan aislados ó en masas abundantes. Esta última clase de fenómenos ha sido naturalmente objeto de estudios especiales, en los que han intervenido la química, la mineralogía y la geología.

Como ya lo hemos hecho notar antes, el horizonte de este dominio de la ciencia astronómica, muy reducido en su principio, se ha dilatado considerablemente desde que las órbitas de los meteoros, ya aislados ó en grupos, han sido calculadas con cierta precisión, y que se ha reconocido un lazo, una estrecha relación entre los fenómenos meteoricos y los fenómenos cometarios. Nunca se alentarán bastante á los que se interesan por las ciencias, para que contribuyan, con sus observaciones propias ó con la comunicación de las de los testigos espontáneos, á enriquecer informes semejantes al del *Comité de los meteoros luminosos*.

PAUL BERT.

OCURRENCIAS

—Ya has vuelto de Montevideo, Antonio?
—Si es para pedirme dinero, aún tardaré tres ó cuatro meses en volver.

—Caballero, me dará vd. una satisfacción!

—Para dar satisfacciones estoy yó!. No he conocido una hace diez años. Todo se me vuelve disgustos y mas disgustos.

Dos señoras muy conocidas en nuestra sociedad por ser objeto de escandalosos galanteos, disputaban ayer en la calle Florida con motivo de una deuda de quinientos pesos. Cansada una de ellas de la polémica, dijo á la otra:

—No merece la pena de disputar tanto; perdono á vd. los quinientos pesos.

—Eso es muy cómodo para vd, replicó la segunda; como tiene vd. tantos amantes que le den dinero!.

—Es natural que por ese motivo me compadezca de vd, que no debe tener un real, porque cuando empecé á figurar en el mundo ya daba vd. en cambio su dinero á sus amantes.

Llegó al Tandil un famoso doctor que anunció que poseía el secreto de resucitar á los muertos.

Fué tal la indignación que la incredulidad produjo en los habitantes, que el doctor tuvo que refugiarse en casa del Juez de Paz, al que dijo que se comprometía á efectuar el milagro al cabo de quince días durante cuyo plazo le pedía que lo tuviera vigilado para que no se escapara y se convencieran todos de su buena fé.

Accedió el Juez, continuando la incredulidad en el pueblo; pero el día antes de cumplirse el plazo empezó el temor de que el médico dijera la verdad, y fueron muchas personas asustadas á ofrecerle grandes cantidades porque se marchara. Unos alegaban el temor de ver resucitados á sus acreedores; otros temían encontrarse con un enemigo; otros temblaban ante la idea de ver surgir á los parientes que les habían legado sus bienes etc, etc.

El médico no aceptaba aquellas proposiciones por temor de faltar al compromiso contraído con el Juez de Paz, cuando apareció este y le dijo:

—Oiga vd, doctor: antes de ver en mi casa de nuevo á mi suegra, prefiero dar á vd. cuatro mil pesos y que se vaya esta misma noche.

